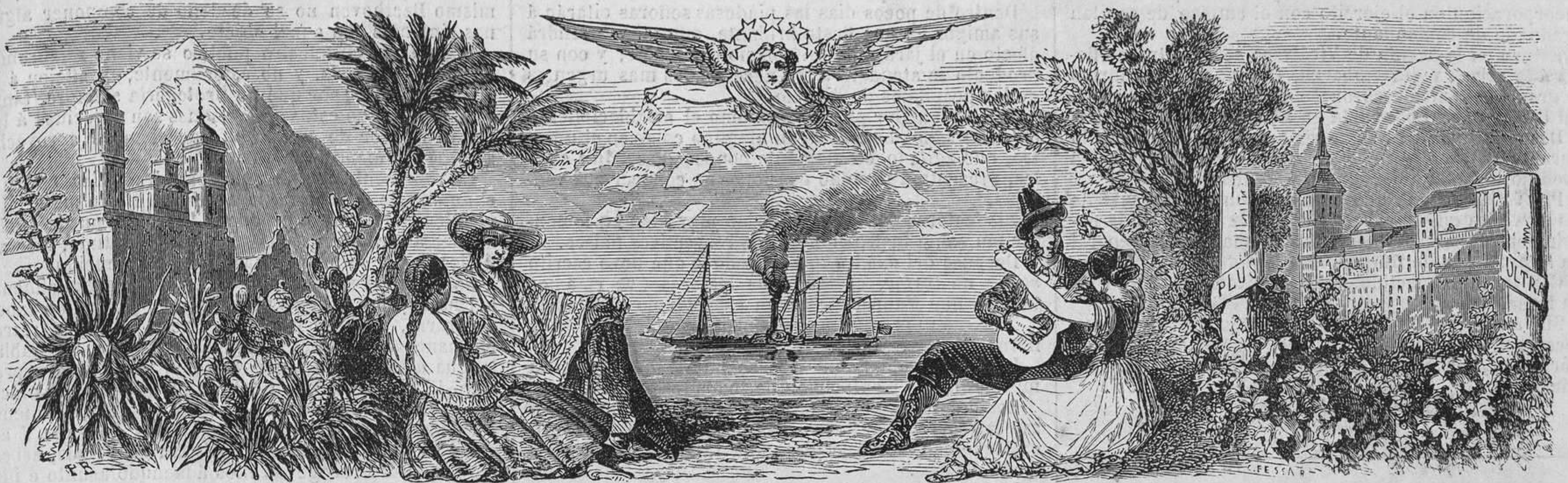


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 12 de LA MODA.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

1872. — TOMO XXXIX.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 31. — N° 1,014.

## SUMARIO.

Sucesos de España; grabados. — Revista española. — Exposición de Bellas Artes; grabados. — Revista de París. — El conde de Aranda. — El Cham-el-Nesim; grabado. — La Francia pintoresca; grabado. — Pericia geográfica de Miguel de Cervantes. — La «rosière» de Nanterre; grabado. — Actualidades, por Bertall; grabados. — ¿Qué hará de ello? novela escrita por sir Edward Lytton Bulwer. — «Tarde de invierno», cuadro por M. Emilio Breton; grabado.

## Retratos

DE DON ALFONSO DE BORBON Y DE DON EUSTAQUIO DIAZ DE RADA.

Damos el retrato de Don Alfonso de Borbon, hermano del pretendiente Don Carlos, con el de uno de sus principales capitanes de la insurrección que, á la hora que escribimos, aparece ya agonizante. Habíase

dicho que Don Alfonso estaba en Cataluña; pero no hemos visto confirmada esta noticia, y el movimiento carlista en Cataluña ha sido muy escaso.

Diaz de Rada es el primero de los generales del pretendiente que haya levantado la bandera de la insurrección; pero no tardó en desaparecer de la escena.

Se dijo que atravesó la frontera francesa á consecuencia de un descalabro y para librarse de las fuerzas del gobierno que le estrechaban de cerca; y por otra parte se ha dicho también que habia muerto en una acción; pero la version mas acreditada es que



Don Alfonso de Borbon.



Don Eustaquio Diaz de Rada.

SUCESOS DE ESPAÑA.



Don Carlos le quitó el mando cuando entró en España, después de lo cual Rada se refugió en Francia.

No es la primera vez que aquí ha encontrado asilo. Aunque el vigor y la energía de su semblante, no anuncian la vejez, sin embargo, tomó parte en la primera guerra civil de 1834 á 1839.

No habiendo aceptado el convenio de Vergara, entró en Francia con el grado de capitán, y algunos años después aprovechó la amnistía y solicitó y obtuvo la incorporación en el ejército con el empleo de capitán graduado de comandante.

Estuvo en la acción de Vicálvaro con las tropas fieles á la reina; y sin embargo, O'Donnell le confirmó el grado de teniente coronel que le concedió el general Blaser por su conducta en aquella jornada.

Después entró en relaciones con Prim y le secundó durante el largo período de conspiración liberal que produjo la caída de la dinastía en 1868.

Por último, nombrado brigadier en recompensa de los servicios que había prestado á la causa de la revolución, desempeñó después la comandancia general de la provincia de Búrgos.

Con todos los partidos obtenía favores el señor Diaz de Rada.

Sin embargo, diferentes circunstancias inspiraron recelos al gobierno y le quitaron la comandancia de Búrgos: entonces se decidió por el pretendiente Don Carlos.

E. F.

### Revista española.

Situación triste. — La caridad. — Animación en Madrid. — La orquesta de los teatros. — Las damas poetas. — Epístola de una dama á un diablillo. — Respuesta. — *Amar á ciegos*. — Academias. — Libros nuevos. — Anécdotas.

Estamos mejor que queremos.

Guerra civil en las Provincias Vascongadas y Cataluña, partidas sueltas en todas partes, crisis á cada instante, disidencias entre los políticos, exhaustos de dinero, con el cupon de junio á la puerta, con los republicanos y los alfonsinos en guardia para echarse á la calle.

Hé aquí á grandes pinceladas el cuadro de la situación.

Pedir mas escenas dramáticas y aun trágicas sería gollería.

Si nuestros políticos fueran oportunos, ahora es cuando debían gritar con todos sus pulmones: ¡Dios salve al país!

Por fortuna hay para España, según la célebre frase de Guizot, una Providencia especial, y ella nos sacará adelante.

El día menos pensado la solución mas inesperada nos arregla, y quedamos contentos hasta otra vez.

Para colmo de desastres, en una villa de la provincia de Valencia, en Carlet, ha habido un terremoto que ha dejado á quinientas familias sin hogar.

Se ha abierto una suscripción para auxiliar á tantos infelices, pero la fortuna privada corre parejas con la fortuna pública, y solo en muy escasa proporción podrán ser auxiliadas las víctimas del terremoto.

Verdad es que la caridad hace los mayores esfuerzos y se multiplica para enjugar como solicita madre nuestras lágrimas.

La guerra que ha estallado ha venido á prestar nueva vida á la Asociación internacional para el socorro de heridos, fundada en Madrid dos años há bajo la presidencia de la duquesa de Medinaceli.

Forman parte de ella damas ilustres de la aristocracia española, y animadas de un espíritu nobilísimo y levantado, no escasean los sacrificios ni los esfuerzos para el mejor resultado de su caritativa obra.

Notase ahora grande actividad en cada distrito de los siete en que se halla dividida la capital; sus activas presidentas piden hilas, solicitan vendas, reúnen limosnas ó idean medios ingeniosos para aumentar los recursos de la Asociación, ya á favor de suscripciones, ya con espectáculos públicos que se celebrarán en los teatros y jardines.

La duquesa de Medinaceli, dando ejemplo á las demás según cumple al cargo que desempeña y á su posición elevada, ha convertido ya en hospital uno de los salones de su palacio, colocando en él varios lechos, y surtiéndole de todos los objetos indispensables para prestar eficaces socorros á los que pudieran necesitarlos. Porque los auxilios de la benéfica Asociación no se limitarán solo á los heridos en el campo de batalla, sino á los que pudieran serlo en cualquiera de los disturbios y motines tan frecuentes por desgracia en las ciudades.

En cada uno pues de los distritos se establecerá un local semejante; siendo asistidos los pacientes por las mismas señoras que tan heroica y dignamente se dedican al alivio de la humanidad. Hay ciertas instituciones que basta anunciarlas para que exciten el interés y el aplauso de la generalidad; y la Asociación de que se trata se encuentra en ese caso.

No es menester llamar hácia ella la atención de las almas generosas ni de los corazones sensibles; no es menester invocar en su apoyo altas consideraciones humanitarias.

No: con decir el objeto de la Asociación se concibe inmediatamente, no solo su utilidad, sino la protección que merece de cuantos no sean indiferentes á los sentimientos y á los deberes que los seres humanos tienen los unos para los otros en el mundo.

Dentro de pocos días las piadosas señoras citarán á sus amigos en una fiesta brillante, que tal vez tendrá efecto en el jardín de un palacio particular; y con su producto se atenderá á las necesidades mas urgentes de los hospitales de distrito.

Si en cualquier país es oportuno el establecimiento de estos asilos benéficos, en ninguno como en el nuestro, que agitado eternamente por las discordias civiles, presenta á menudo ocasiones de conocer sus ventajas.

Mis lectores de América harían muy bien en fomentar tan santa institución en sus respectivos países.

Después del cuadro que en todo lo que llevo escrito acabo de trazar, crearán mis lectores que estamos tristes, que Madrid ofrece un espectáculo desolador.

Nada de eso: aquí no nos quedan ya lágrimas para llorar.

La romería de San Isidro se ha verificado con la misma alegría y animación de todos los años.

Los domingos por la tarde, á la hora en que empiezan las corridas de toros, parece la gran calle de Alcalá que conduce á la plaza una jaula de locos, pero locos alegres.

Los teatros están llenos; en los paseos ostentan damas y caballeros un lujo desenfadado.

En una palabra, parece que vivimos en santa paz y en el mejor de los mundos posibles.

Mientras los hermanos se baten y los tenedores de papel desconfían de recibir la renta, mientras los políticos luchan y no se entienden, los periódicos se entregan á discusiones tranquilas, como por ejemplo, la que se ha suscitado sobre la trascendental cuestión de si debe ó no haber música durante los entreactos en los teatros de verso.

De una notable carta sobre el particular tomo los siguientes párrafos:

«Algo podría decir en apoyo de la conservación de las orquestas, dice su autor, la ley de la costumbre, madre ó nodriza si se quiere, que si ha criado muchos usos molestos, ha amamantado también muchos dignos de respeto. En los coliseos griegos y romanos la orquesta ocupaba sitio preferente; los indios, los chinos, los turcos, los árabes la consideran parte integrante del espectáculo; Agustín de Rojas, en su *Viaje entretenido*, nos cuenta cómo en los intermedios de las antiguas farsas españolas:

» Se tañía una guitarra,  
Y esta nunca salía fuera  
Sino adentro y en los blancos  
Muy mal templada y sin cuerdas.»

A falta indudablemente de otra cosa mejor; ingleses, alemanes, italianos, todos los pueblos que han adoptado la diversión del teatro, todos los pueblos cultos, han conservado la orquesta; y ahora comienzan á salirse de la regla general los franceses, que la suprimen guiados por el mezquino interés de colocar algunas lunetas mas en el peor sitio del patio, de aumentar en unos cuantos francos el producto de la entrada. Ese ejemplo ¿se nos presenta por el autor de la carta parisiense como de utilidad para el público, ó para las empresas?

Pero las costumbres nacen siempre por algo, sobre todo cuando constantemente se sostienen y difunden. Tratemos de explicarnos si tienen razón de ser las orquestas en los teatros: quizá no es tan difícil como á primera vista parece.

El público, en su mayor parte (los haraganes felices no merecen ni ser clasificados), ha trabajado durante el día, se ha preocupado por sus negocios y por sus disgustos, y va á buscar en la civilizadora diversión una expansión á su alma, un parentesis á sus pensamientos; forzosamente tiene que llegar allí esclavizado todavía por las ideas que se propone desechar ó apartar al menos de su espíritu. Si va temprano y no hay orquesta, se verá precisado á esperar á que la función comience, sin otra distracción que la esperanza de que el telón se levante, y claro es que acudirá por hacer algo, al repuesto de los mismos pensamientos que traía. Esto, que es un mal para el público, es un mal también, y no pequeño, para el autor y para los actores. Me explicaré. Pasando el público directa, bruscamente, de sus ideas á las del autor del drama que se representa, autor y actores lucharán con mas desventaja, porque el auditorio olvide las unas por las otras, y llegue á interesarse con mas vehemencia por los asuntos ajenos que por los propios.

— Y ¿cómo se evita esto? — Hé aquí, á mi entender, el misterioso, el maravilloso influjo destinado á la orquesta: templar el ánimo del público, predisponer su sensibilidad, embotada ó dormida, servirle de anillo de tránsito para que su corazón pase sin violencia desde la atención de los hechos vulgares de la vida al espiritual y noble interés de la ficción dramática.

En Alemania, comprendiéndolo así, se representaban antiguamente los dramas mas famosos precedidos de una sinfonia compuesta *ad hoc*, inspirada por sus versos y situaciones; costumbre mas racional que la ridícula francesa de marcar en ciertos melodramas, con algunas notas de sordina, la entrada y salida de los personajes, como para recordar al vulgo ignorante y cándido, capaz de olvidarlo, que todo aquello es una farsa desprovista de verosimilitud y naturalidad. El mismo Beethoven no se desdeñó de componer algunas sinfonías con aquel objeto.

Puesto que en nuestro público se viene sembrando hace algunos años, y no estérilmente, la afición á la buena música, ¿por qué no protegerla siempre, tanto mas cuanto que estas protecciones son parecidas á las del cultivador de un árbol, que siempre aprovecha algo por lo menos de su fruto?

La representación de una obra dramática necesita el auxilio de la pintura para el buen efecto material ó plástico que aspira á producir; la música puede y debe ayudar á otro efecto mas grande, mas íntimo, mas artístico, y por lo mismo mas digno de atención.

Son las tres bellas artes tres hermanas igualmente hermosas, que siempre andan juntas, porque no saben separarse, ni les convendría hacerlo tampoco; tres hermanas cuya única diferencia consiste en hablar lengua distinta, en tener distintos medios de expresión. El pincel es la lira del pintor, la pluma el pincel del poeta; el músico, con sus notas, inspiradamente combinadas, hace también cuadros y poesías. Y así como la ópera no podría existir sin los versos, así como la pintura recoge de ellos á menudo asunto é inspiración, la ficción dramática necesita de la música cual de un adorno que la embellece. Vayamos despojando de esos adornos (que no le son absolutamente necesarios) al espectáculo teatral, y acabaremos con su principal defensa: con la ilusión que produce en los que acuden á presenciárselo. Hoy, con el pretexto de favorecer á un empresario (que se comprometería de fijo á pagar una orquesta de *primo cartello* si le asegura la venta de las butacas que posee) suprimamos la orquesta: mañana con el de que los terrenos están caros y hay mucho público, se estrechará el escenario y se suprimirán las decoraciones, trocándolas con la pobre sábana con que se arropó el teatro en la desnudez de su nacimiento. La música es el elemento principal de todas las fiestas antiguas y modernas: con música se recibe á un héroe; con música se obsequia á una celebridad; música necesita el soldado para marchar con gallardía por las calles de la ciudad y para avanzar con entusiasmo ante el enemigo en los sangrientos campos de batalla; música hay en cualquier solemnidad, festín, regocijo público ó privado... ¿Y vamos á arrojar á la música del teatro? Nos pareceríamos á esos hombres crueles que han tenido durante muchos años en su casa á un fiel servidor, y cuando llega á viejo son capaces de despedirle... porque hace mal los recados... porque ya no les es útil... Y mienten; les guarda la casa, la perfuma, la santifica con su honradez sin tacha, con su virtud severa.»

Enterados de esta apología de la música, pueden ustedes formar opinión y aplicarla á esos teatros.

Mientras debaten sobre música algunos, las damas se dedican á cultivar la poesía.

Las apariencias harán creer sin duda alguna que somos felicísimos.

Y sin embargo... pero olvidemos las desdichas. Como he tenido el gusto de decir á ustedes, entre las damas del gran mundo se hace de moda cultivar la poesía.

Una de ellas ha dirigido á *Asmodeo*, el diablillo de la *Epoca*, una epístola en verso, pidiéndole su retrato, de la que voy á dar una muestra.

Empieza diciendo que lee sus artículos, que le estima, que vive en Santa Cruz de Tenerife...

Y como se halla muy lejos  
Y mal de su grado á fe,  
De ese Madrid, donde apenas  
Estuvo de paso un mes,  
Cruzando Atlántico Océano,  
Viajando por distraer  
Hondo pesar que aun tortura  
Su corazón y su sien;  
Ella, que se halla en el mundo  
Como perdido bajel  
Desde que mi ser adorado  
Al cielo quiso volver...  
(La digresión no es del caso,  
Mas revela sencillez;  
Un alma sensible, herida  
Del infortunio cruel.)  
Esta dama, solo encuentra  
Por medio de este papel  
Un recurso que contente  
Lo que *capriccio* no fué.  
Y en mal romance suplica  
A ese diablo tan cortés  
Que le envíe su retrato,  
Confianza que no ha de ser  
Desairado tal anhelo,



Que las damas de honra y prez  
Merecen si son amables,  
Aunque en la córte no estén.  
Pues tambien en la provincia  
Hay buen tono, y hay *soirées*  
Bailes de trajes, con trajes  
De *Cinq-Mars*, de *Robespierre*  
De la *reina de Sabá*  
Y hasta de *Maria Tronchet*...  
Se bailan polkas, mazourkas,  
Y se bailará el *minué*;  
Llegan de Paris *trousseaux*,  
Hay de todo, mal ó bien,  
Que el *espíritu del siglo*  
Marcha como tren *express*.  
Ella no dirá si es *giovine*,  
Si está lozana ó *fanée*,  
Si hay corona en sus tarjetas,  
Si el tratamiento es de *usted*...  
Es una mujer y basta  
Para quien nunca una vez  
Desatendió al bello sexo  
Y tan caballero es. »

La dama poetisa rivaliza en facilidad con Breton y Serra.

Asmodeo, como era natural, ha correspondido á su galantería contestando á la epístola en los siguientes términos :

Mil gracias por las lisonjas,  
Y lo menos mil tambien  
Por el deseo que muestra  
De quererme conocer.  
Mas si cayera en el lazo  
Dando en la traidora red  
Que hábilmente usted me tiende  
Con femenina doblez;  
Si le mandara la copia  
De mi rostro de Luzbel,  
¿Qué pronto sus ilusiones  
Llegara usted á perder!  
Acaso me juzgue jóven,  
De talle esbelto, *étancé*,  
De finos y blondos rizos  
Orlada la blanca sien...  
Y he cumplido los setenta,  
Y es mi cuerpo el de un tonel,  
Y en mi frente no hay cabellos,  
Y en fin, soy cojo de un pié.  
¡Ah! ¡Qué triste desencanto  
Debia para usted ser  
Donde imaginó un Tenorio  
Hallar un Matulasen!  
Así, no intenta de nuevo  
Mi repugnancia vencer;  
Que hasta los diablos tenemos  
Nuestro amor propio tal vez.  
Mas hay un medio, uno solo  
De llegarla á complacer :  
Mándeme de su semblante  
El retrato exacto y fiel.  
Y entonces, yo se lo juro  
Por mi padre Lucifer,  
Irá á vuelta de correo  
Mi *vera efigie* tambien.  
No es esto no ser galante,  
Ni es interesado ser;  
Solo es seguir la costumbre  
Que establecida encontré.  
El libre-cambio en Europa  
Admitido está doquier,  
Y yo soy libre-cambista  
Como Pastor ó Moret.  
Si usted curiosidad tiene  
Mi catadura de ver,  
¿Figúrese cuál será  
La que yo mismo tendré!  
No me descubra su nombre;  
Guarde el incógnito, pues;  
¿Mas que contemple yo el rostro  
De quien escribe tan bien!  
Diz que el estilo es el hombre  
É igualmente es la mujer;  
Y por el suyo adivino  
Todo lo que vale usted  
Así, su fotografía

Mándeme por el *express*,  
É irá la mia en seguida  
Con no menor rapidez.  
El contrato es leonino,  
Como de hijo de Luzbel,  
Pues yo recibiré un ángel  
Y un diablo en cambio daré.

Después de leer tan bellos versos, ¿quién cree que arde la guerra civil en nuestra patria?

En Madrid todo se olvida, y hasta el dolor se convierte en placer.

Dos teatros ofrecen óperas italianas todas las noches.

En el circo de Price hacen sus habilidades *clowns*, *ecuyers*, *acróbatas*, *gimnastas*, etc.

Hay muchos bailes y muchos cafés-teatros.

En cambio el Teatro Español ha cerrado sus puertas. Os hablé algo en mi anterior revista de la comedia de Calvo, *Amar á ciegas*.

Ampliaré la noticia.

La fábula es graciosa, y se desarrolla naturalmente por medio de situaciones y de sucesos verosímiles; las figuras no están pintadas con gran vigor, aunque son bellas; el diálogo dista tanto de la hinchazón ridícula como de la humildad rastrera y es fácil, correcto y castizo; en fin, los caracteres no pecan de absurdos ni de exagerados.

Allí está la doncella enamorada, que tantas veces nos presentaron Moreto, Rojas y Alarcon; allí el galán apasionado y valiente, y su rival supuesto ó verdadero; y el padre, temeroso de ver manchada su honra; y la criada desenvuelta y ladina y el escudero deudor y chistoso.

Ninguno falta; el cuadro está completo, y tiene el encanto y el atractivo de los que hemos contemplado tantas veces.

Pero el señor Calvo ha evitado cuidadosamente incurrir en los defectos de sus inmortales maestros: no hay nada en la comedia que ofenda al pudor ni á la moral; no se advierten irregularidades en la marcha de la acción; se justifican debidamente hasta los episodios menos importantes; por último, no abusa de la intervencion de los dos graciosos en la fábula ni pone en sus labios chistes demasiado picantes.

De modo que ha imitado todo lo bueno de nuestro teatro antiguo y ha huido de los escollos en que por inclinacion propia ó por seguir el gusto del público de entonces, solian dar los mas insignes poetas. Respecto de la versificación, véase si las siguientes décimas parecerian indignas de cualquiera de aquellos.

Habla don Diego y dice así :

Ensueño de amor dichoso;  
Alivio de mi amargura;  
Ángel á cuya hermosura  
Caigo abatido y dudoso;  
Perdona si temeroso  
Privo al lenguaje de galas,  
Y al puro aliento que exhalas  
A loca inquietud me entrego;  
Que si en alas de amor llego,  
Amor me corta las alas.

Mas hermosa, mas rendida  
Que te sueña mi deseo,  
La vista en tu faz recreo  
Y el alma yace dormida;  
No extrañes si adormecida  
Mi mirada teme agora,  
Que vengo á la luz señora,  
Saliendo de sombra fiera;  
Pues dejo la noche fuera  
Y me hallo aquí con la aurora.

Déjame que el bien reciba  
De esta ocasion que me ofusca;  
Y pues el alma te busca  
Pues se dice tu cautiva,  
Déja que en tu pecho viva,  
Que del mio se evapora;  
Y para vivir, señora,  
Sin que la tuya se altere,  
Dame el alma que me quiere  
Y ten tú la que te adora.

El argumento de *Amar á ciegas*, si no ofrece grande novedad, presenta suficiente interés.

Una especie de galán duende, llamado don Diego, hospedado en casa de un caballero á quien conoció en Flandes, se prenda de los encantos de Aurora, hija de aquel; pero mal seguro de obtener amorosa corres-

pondencia, se dedica á alejar á cuantos se acercan á pretenderla.

Este misterio del oculto amor es causa de sospechas y dudas respecto de un don Alfonso, que ama á cierta dama nombrada Julia, alojada tambien por el momento en casa de Aurora. De aquí se origina un enredo entretenido, abundante en *quid pro quos* y lances cómicos, que terminan con las bodas de costumbre, incluidas las de los dos criados.

Los centros ilustrados de España se animan.

Cánovas arregla su discurso para ingresar en la Academia de Ciencias políticas y morales.

Gisbert, el ilustrado economista leyó su peroracion de ingreso en la de Ciencias físicas y Naturales obteniendo un verdadero éxito.

La de la Historia trabaja mucho en la ordenacion de memorias interesantísimas sobre sucesos poco conocidos ó ligeramente tratados por los historiadores.

La Academia española, en su última junta, ha elegido por unanimidad individuo de número, en la vacante del señor Ochoa, al señor don Luis Fernandez Guerra, autor del libro *Alarcon*, que ganó la medalla de oro en el último concurso.

Este triunfo legítimo de Guerra y Orbe ha sido acogido con gran satisfaccion por todos los amantes de las letras.

Se anuncia un libro del mayor interés debido á la pluma de un poeta anónimo.

Titúlase *las Mujeres de la Biblia*: á cada una de ellas dedica un pequeño poema.

El jóven Alcalá Galiano ha dado á luz una coleccion de estudios de costumbres, titulada: *Estereoscopio social*.

Frontaura ha enriquecido los *Cuentos de salon* con una interesante y humorística novela, titulada: *la Doncella del piso segundo*.

La *Cuestion del Mesías*, por los abates Leman, interesante libro de dos israelitas convertidos al catolicismo, ha sido traducido al castellano por el canónigo Manterola.

Hé ahí las nuevas publicaciones.

Estos dias se han amotinado los estudiantes porque les exigen para aprobarlos en los exámenes, que respondan bien á lo que les pregunten. Hé aquí una demostracion de las ventajas prácticas que ofrece la libertad de enseñanza.

« Querido padre, ha escrito un jóven al autor de sus dias. No me extraña que haya quien enseñe el inglés en noventa dias, porque yo me he hecho médico en un año; no sé cómo ha sucedido esto, pero la verdad es que tengo el título: lo mas raro del caso es que han curado hasta ahora todos los enfermos que he asistido, y lo mas maravilloso, que hay personas que se confían á mi ciencia.

Es verdad que me suelen llamar para asistir á sus mujeres, maridos que quisieran quedar viudos, y para curar á sus suegras ó á viejos acaudalados, yernos y herederos impacientes. Lo cierto es que tengo clientela. Dos ó tres catástrofes me acreditarán entre esta clase de parroquianos y concluiría por ser un médico especialista; pero hasta ahora la naturaleza de mis enfermos puede mas que mis recetas. Si no hubiese tantos cementerios, creeria que el hombre es inmortal. »

Este es otro asunto de risa llamado á producir muchas lágrimas.

Los jóvenes se divierten en vez de ir á las clases.

Cuando llegan los exámenes quieren que los aprueben.

Luego son médicos y abogados.

¿Quién les confía su cuerpo ó su alma?

¿Qué triste porvenir!

Para concluir, referiré la anécdota que noches pasadas contaba en cierta tertulia un amigo mio, antiguo cónsul de España en el Cabo de Buena Esperanza. Le dejaré hablar á él mismo :

« Una vez, cinco ó seis personas que íbamos reunidas, nos extraviáramos á cinco ó seis leguas de la ciudad del Cabo. Era tarde; iba á ponerse el sol y todos nos moriamos de hambre. Por fin divisamos la choza de un negro y entramos en ella.

Por el momento solo la habitaba una vieja, negra tambien, que no sabia ni una palabra de inglés.

Pedimosla por señas que nos diese algo para comer é igualmente por señas nos respondió que no tenia nada.

— ¿Y eso? significó yo, designando una especie de setas colgadas en el techo por medio de una cuerda.

La negra hizo un gesto de horror y huyó.

— Señores, dije dirigiéndome á mis compañeros, no tienen mala cara esas setas; vamos á cocerlas con agua y sal y á comérmolas. Así lo hicimos, y apenas terminábamos nuestro frugal banquete, cuando apareció el dueño de la cabaña guiado por la vieja.

— ¡Miserables! exclamó en malísimo inglés. Os habeis comido mis trofeos... ¡las orejas de mis enemigos!

Inútil es añadir que todos escapamos de allí como alma que lleva el demonio, así al menos lo cuenta quien lo vió.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de mayo de 1872.



EXPOSICION DE 1872



LAS HABILIDADES DE AZOR

Cuadro por M. Perrault.



# EXPOSICION DE 1872



PORDIOSERAS DE BRETAÑA.

Cuadro por M. Hublin.



## Exposicion de Bellas Artes.

(Continuacion. — Véase el número 1,013).

Junto con los artistas de conviccion que marchan con paso resuelto sin hacer caso de las hostilidades ni de los insultos hácia el ideal que se proponen, camina un tropel mucho mas considerable de artistas menos personales, algunos de ellos de talento, casi todos laboriosos, que oscilan de una parte á otra, visitando á este y á aquel, y prosiguiendo sin cesar el triunfo inmediato, el triunfo de moda que alcanzan regularmente. Cobran fama sus nombres, recogen dinero y logran en vida todas las victorias aparentes; mas así que han muerto no se habla ya mas de sus cuadros. La exportacion al extranjero, que cada año toma mayores proporciones, dará, seguramente, un vuelo espantoso á esa fabricacion de pinturas interiores, y es de temer que se rebaje mucho el nivel del arte. Por consiguiente, está en el deber de todos cuantos se interesan en el arte, el prestar su formal atencion á los esfuerzos de los que resisten á ese impulso de decadencia. Saludemos primero respetuosamente á los que buscan lo bello; estimemos á los que estudian la verdad, y abandonemos á su propia fortuna á los que solo codician los triunfos mundanos, las apariencias.

Seremos sóbrios, pues, en las reproducciones de cuadros y en las noticias sobre la masa de obras expuestas.

Hoy nos ocuparemos de M. Bouguereau, que se distinguió hace años á su vuelta de Roma por sus estudios de la antigüedad, y no ha podido decidirse nunca á tomar un partido entre los múltiples atractivos de la naturaleza y las seducciones no menos numerosas de la tradicion. Oscilando sin cesar en sus imitaciones entre los maestros antiguos y los modernos, expone todos los años cuadros de mérito, porque acusan una ciencia particular; pero no tienen nunca la marca de un estilo personal ni original.

Su pintura que titula *Durante la cosecha*, es un grupo perfectamente dispuesto; figura una moza italiana jugando con su hijo en un monton de mieses. El dibujo es correcto, el empleo del color está hecho con cuidado; es muy bonito, y sin embargo carece de expresion. En cuanto á *la Segadora*, es una figura evidentemente inspirada por las aldeanas grandiosas y poéticas de M. J. Breton; ofrece la misma actitud, el mismo estilo y hasta la disposicion ordinaria de los colores en el traje; pero la poesia natural, profunda, íntima, que anuncia las figuras rústicas de M. Breton, está reemplazada en esta por una expresion lánguida y sentimental que indica el paso de la emocion directa á la emocion artificial, del esplendor de lo verdadero á la ilusion de lo ficticio.

M. Bouguereau hace escuela, lo que por cierto es una desgracia. Muchos jóvenes de talento se dejan arastrar á las seducciones de ese arte fácil y brillante, y producen con mucha fecundidad obras sin carácter, que pervierten el gusto ya tan indeciso.

Sentimos mucho ver en esta via á M. Perrault y á M. Augusto Cot, que habian dado otras esperanzas.

M. Perrault ha expuesto dos cuadros, ambos compuestos con gracia y pintados con franqueza: *el Movilizado*, escena de desesperacion en la nieve, una joven con su hijo que encuentra el cadáver de su marido en el campo de batalla; y *las Habilidades de Azor*, grupo de niñas que están enseñando gracias á un perrito.

Este último cuadro, que reproducimos, tiene una dimension desproporcionada con la pequenez del asunto; en cuanto á *Movilizado*, se ven en él ropas tan brillantes y rostros tan alegres, que la mayor parte de los que le contemplan olvidan llevarse la impresion dolorosa que el acontecimiento requiere.

*El Dia de difuntos en el Campo Santo de Pisa*, por M. Cot, está seguramente mas en situacion: M. Cot trabaja en Italia, teniendo á la vista grandes modelos, y no ha perdido el gusto de las bellas formas y de las grandes líneas.

Otro cuadro reproducimos en este número, que merece con mucha razon el favor público.

En tanto que M. Jules Breton, que hemos nombrado antes, vuelve á encontrar el estilo de los maestros del arte mediante el profundo estudio de tipos rústicos, su hermano, M. Emilio Breton, parece proseguir el mismo resultado en el paisaje.

*La Mañana y la Tarde de invierno*, que ha expuesto este año, llaman la atencion por lo bien concebidos y ejecutados. *La Tarde de invierno* (es el que damos), produce un efecto extraordinario. La nieve acumulada en las últimas noches, mal derretida por los rayos de un sol sin vigor, blanquea todavía con sus manchas irregulares los desnudos ramajes de los bosques y los senderos llenos de lodo. La helada que se está preparando va á endurecer mas todavía la densa sábana que cubre el suelo. Antes de morir el sol hace un postrer esfuerzo completamente inútil para libertar á su amada tierra; aparece en el horizonte encarnado, sangriento, como un disco de hierro incandescente. Los lúgubres cuervos saltan en la seca enramada, saludando con su horrible graznido la proximidad de las tinieblas.

La impresion es á la vez grandiosa y triste, y M. Emilio Breton ha sabido expresarla con gran talento.

J. L.

## Revista de Paris.

La semana última hablamos á nuestros lectores de la importante y grave cuestion que se trata actualmente en la Asamblea nacional, la de la reorganizacion militar de la Francia. Dijimos entonces que se habia cerrado la discusion general; y hoy que se continúa el debate sobre el articulado del nuevo proyecto, debemos hacernos cargo de las objeciones que se han producido sobre ciertos artículos, para complemento de nuestro breve análisis.

Está resuelto el servicio obligatorio, aunque se han aprobado adiciones que abren la puerta para eximirse á los mozos de diferentes categorías; pero en suma, estas exenciones son temporales, y puede decirse, que, cumpliéndose la ley, como no dudamos, todo francés será soldado.

Uno de los artículos que han dado margen á la contradiccion, y que, naturalmente, es importante, ha sido el 37. La comision propone en él que el servicio activo dure cinco años; pero varios diputados han presentado enmiendas por las cuales se pide que se reduzca á tres, y con este motivo se han pronunciado discursos fundados en razones verdaderamente incontestables.

El principal de los contradictores ha sido M. Keller, y de su discurso vamos á ocuparnos.

M. Keller principia por sentar que debe ser una verdad el servicio obligatorio, lo que no es retroceder á la barbarie, sino entrar en el reinado de la justicia y del patriotismo. Puesto que todo el mundo tiene obligacion de trabajar, todo el mundo también, pobres y ricos, debe estar obligado á consagrarse á la defensa de la patria.

La duracion del servicio y la organizacion militar deben ser tales, que sirvan para la defensa del pais, sin ser inútiles y sin envolver peligros para su gloria y riqueza.

A juicio de M. Keller, la duracion de cinco años y la organizacion por el reclutamiento que la ley propone, ofrecen gravísimos inconvenientes: serán peligrosas para la defensa del pais, y son contrarias á la justicia, hasta el punto que se volverá á los sustitutos de un modo mas ó menos disfrazado.

El sistema de seis meses y de un año para unos, y de cinco años para otros, es á la vez imposible y de una desigualdad que salta á la vista.

El ministro de la Guerra queda de único juez para disponer de los mozos. Seguramente, el ministro es siempre un hombre que quiere distinguirse por su imparcialidad; pero ¿qué de solicitantes no tendrá siempre en su derredor! Los padres de los soldados no le dejarán vivir á fuerza de reclamaciones.

Ahora bien, con el sistema que propone, y que comprenderia casi todo el contingente, quedarian á salvo las necesidades económicas.

El efectivo normal es de 460,000 hombres; pero deduciendo aquellos que, como los gendarmes, están fuera, y que ascienden á 120,000, bajan á 310,000 los que dan los contingentes.

El contingente anual es de 150,000 hombres; pero no es exacto, pues no hay en Francia un efectivo de 435,000 hombres. Con el sistema de la comision se bajará mas todavía, y en vez de un excedente de 16,000 hombres que ha visto la comision en los años anteriores á 1870, se tendrá un déficit de 26,000 hombres cuando menos.

En este punto, el presidente de la República, que asiste atento á tan laboriosa discusion, niega la exactitud de las cifras de M. Keller; pero este señor diputado mantiene sus afirmaciones.

Para esto dice que la cifra de mozos inscritos, que se eleva á 302,000 hombres, no será tan considerable, lo que consiste en un hecho que importa consignar.

Aunque la poblacion de la Francia tuvo un aumento de seis millones de almas en los últimos tiempos, la cifra de los nacimientos no ha estado en proporcion, muy al contrario.

¿Cómo es que en ciertos paises vecinos, así como se ha doblado la poblacion, se ha doblado también el número de los nacimientos, y por lo tanto ha podido haber doble número de quintos?

Es porque en Francia ha habido un azote peor que la peste y el hambre, y ese azote ha sido la desmoralizacion que ha traído consigo el imperio.

La prueba aparece irrefutable en el guarismo de los nacimientos, que debe servir para establecer los futuros contingentes.

En 1849 aparece la cifra mayor del siglo: hubo 995,000 nacimientos.

¡Honor á la República de 1848! añade M. Keller, provocando con su oportuna exclamacion la hilaridad de la Asamblea.

Vamos á ver ahora con qué rapidez sobreviene el descenso.

En 1851 no hay mas que 965,000; en 1853, 936,000;

en 1854, 923,000; en 1855, 899,000, esto es, casi 100,000 nacimientos menos que en 1849.

Esta revelacion causa un asombro general en los diputados

M. Thiers, añade el extracto oficial de la sesion, dirige al orador algunas palabras en voz baja, y M. Keller exclama diciendo:

— El presidente me hace observar que con la nueva República volverá el progreso.

En suma, en los primeros contingentes habrá un déficit de 14,000 inscritos, del cual resultará necesariamente que habrá también 6,000 soldados menos, que añadidos á los 20,000 de las exenciones, darán 26,000 hombres menos que los que la comision ha calculado.

Sin embargo, no por esto debemos entristecernos, añade M. Keller. Se ha dicho que las causas de las derrotas estaban en la falta de instruccion de los soldados y oficiales franceses.

Es un error, dice M. Keller. Los soldados que combatieron 1 contra 4 en Fröschwiller, y 1 contra 2 en Reichshoffen, demostraron que no era instruccion lo que les faltaba, y lo mismo debe aplicarse á los oficiales.

Pero no basta la instruccion, ni tampoco es suficiente el denuedo: lo que faltaba eran preparativos, medios de estrategia y de táctica, así como habia faltado el sentido moral en las altas regiones.

No se aumentará el gasto con el servicio de tres años, y al contrario la rebaja de cinco á tres años aprovechará á la hacienda, sin perjudicar á la buena y sólida constitucion del ejército.

Para esto bastará arreglar mejor la organizacion; alejar á los soldados de las ciudades y multiplicar las verdaderas escuelas del soldado, que son los campamentos al aire libre. La moralidad de la tropa y el presupuesto ganarán mucho con este sistema.

El dia en que los soldados franceses tengan una organizacion semejante á la que tienen en otros pueblos, que les permita reunirse rápidamente; el dia en que esos mismos soldados tengan un gobierno vigilante que sepa hablar á su corazon como atender á sus necesidades, ese dia, dice M. Keller, la Francia habrá vuelto á encontrar su ejército, y el ejército francés volverá á ocupar su puesto en el mundo.

Y á punto de terminar su aplaudido discurso, el orador cita la opinion del general Ladmiraull, cuando dice que si la ley prusiana ha producido tan buenos resultados, ha sido porque habia en las costumbres y en el espíritu de la nacion los principios y las bases de educacion á cuyo beneficio se desenvuelven los sentimientos elevados. Por lo tanto, la cuestion no está en el número de meses ó de años que debe pasar el soldado en las filas, sino en la educacion y en la voluntad de la nacion.

Con efecto, no hay que perder de vista que el espíritu del ejército es el de la nacion; pues este penetra, inspira y forma el otro.

Bien lo decia el abuelo del rey de Nápoles:

— Vestid á mis soldados de encarnado ó de blanco, que siempre echarán á correr.

Y M. Keller concluye con estas palabras:

« En las condiciones actuales de la Francia, de prosperidad material sin contrapeso, con las excitaciones de toda clase que ofrece nuestra corrompida civilizacion, en vano dareis á la juventud la organizacion militar mas acertada que pueda imaginarse, pues no lograreis devolverla las fuerzas corporales y morales prematuramente destruidas. De esos jóvenes, aun cuando sean bachilleres en letras y en ciencias, no hareis soldados. Volved al cristianismo que solo puede salvarnos. El cristianismo los hará hombres que sabrán morir antes que degradarse; y así tendreis un pueblo libre, para el que la patria será dos veces sagrada, como un depósito recibido de Dios y de sus padres, que está encargado de transmitir á sus hijos: tendreis, en fin, un gobierno previsor, respetado, y un ejército disciplinado, vigoroso y sólido.

No podemos decir aun si M. Keller ha ganado su causa, tan elocuentemente defendida; pero lo que sí podemos asegurar y repetir, es que sus razones produjeron honda impresion en la Asamblea, y que no seria extraño que la comision acabase por adoptar la enmienda.

Y á este propósito cúmplenos consignar aquí que todos los partidos, y con ellos el gobierno, parecen haberse impuesto la regla de la moderacion y de la calma en la discusion de que venimos tratando en esta revista. Salvo el incidente que señalamos la semana última entre el valeroso defensor de Belfort, coronel Denfert, y el general Changarnier, el complicado debate sobre la reorganizacion del ejército no ha dado margen á esas excursiones inoportunas en el campo de la política, que traen siempre consigo recriminaciones y conflictos. Los diputados todos comprenden que se trata de una reforma de primera importancia para el pais, que se trata de una cuestion nacional, y tácitamente observan como una tregua, para consagrarse á una deliberacion de tan importantes consecuencias.

Es de esperar que en otras cuestiones que dividen mucho á la Cámara, como antes se suponía que la habian di-



vidido las distintas ideas sobre la ley militar, suceda lo que estamos viendo, esto es, que continúe reinando tan buena armonía. La política llegará á su hora; en la actualidad lo que apremia es la ley militar, las contribuciones nuevas que aun han de votarse, los presupuestos. No hay duda que aplicando á estos últimos puntos la conducta que la Cámara ha observado y observa respecto del primero, se alcanzarán soluciones beneficiosas para el país y no se dará el triste espectáculo de invertir sesiones en luchas hoy estériles.

Después de estas cuestiones hay otras que en distinto orden de cosas exigen también las resoluciones de la Cámara.

Tenemos á la vista algunos dictámenes sobre diferentes materias, y entre ellos hay uno que, siendo relativo á París, nos interesa particularmente en estas crónicas.

Se trata de reformar el régimen de los establecimientos penitenciarios, y, con este motivo, la comisión que entiende en el asunto, ha oído las declaraciones de M. Lecour, jefe de la Prefectura de policía, que contienen datos estadísticos muy curiosos sobre el número y naturaleza de las prisiones que se hicieron en París y en las afueras en el año 1869.

Su número asciende á 35,273.

Cuarenta años atrás no llegaba á 10,000, por término medio.

Los delitos principales fueron estos: vagancia, 14,095; mendicidad, 2,588; rebelión, 15,088; robos, 8,272; golpes, heridas y amenazas, 906; atentados contra las buenas costumbres, 620; estafas, 4,035.

De los 35,273 individuos presos, se contaban 20,548 hombres mayores de edad, 10,667 menores; 3,168 mujeres mayores y 890 menores.

Los extranjeros figuraban en aquel guarismo por 2,596.

Examinando los antecedentes de los individuos presos, se ve que 14,180 no habían estado nunca en la cárcel, que 2,322 habían sido ya presos en el mismo año y que 18,771 lo fueron también anteriormente. 10,941 de los detenidos eran naturales del departamento del Sena.

A la cifra susodicha hay que añadir sobre 5,000 mujeres de malas costumbres, 800 niños extraviados y 2,600 locos.

Los presos, antes de ir á las cárceles de Mazas ó de Sainte-Pelagie, se detienen provisionalmente en el depósito de la Prefectura, donde se calcula que entran anualmente sobre 45,500 individuos.

Las explicaciones de M. Lecour sobre las diferentes cárceles de París, son también muy curiosas.

Resulta de ellas que el depósito de la Prefectura es una prision de tránsito donde hay una parte sometida al régimen celular y la otra se compone de grandes salas comunes.

Así se pueden dividir los presos por categorías.

El departamento de las mujeres está dirigido por hermanas de la Caridad. Su capacidad total es para 800 personas.

En Mazas, que es una cárcel celular, caben 1,150 detenidos.

La cárcel de la Santé tiene una parte celular.

Un hecho notable: parece ser que muchos detenidos prefieren el régimen celular al sistema en comun, y hasta lo piden como un favor.

La comisión se pronunciará próximamente sobre las reformas que deben introducirse en el sistema penitenciario.

Concluiremos con cuatro palabras sobre los teatros parisienses.

Estamos en verano, y por consiguiente, nuestras noticias habrán de ser de hoy en lo sucesivo poco interesantes.

Por el pronto diremos que ya se han cerrado muchos teatros, y que en los que aun quedan abiertos no abundan las novedades.

Nos hallamos en el tiempo en que los teatros de drama que se atreven á luchar con la temperatura, sacan á relucir del polvo de sus archivos las elucubraciones dramáticas mas exorbitantes, aquellas que olvidadas ya por los parisienses, se destinan principalmente á la curiosidad de los forasteros que las conocen de fama.

Así acaba de hacer la empresa del Chatelet, resucitando la *Ramilletera de los Inocentes*, drama en cinco actos y ocho cuadros, debido á la pluma de M. Aniceto Bourgeois, uno de los autores que mejor manejaban el género melodramático.

Nada mas lejos de nuestra intencion que hacer el análisis de esta producción pasada ya de moda; solo observaremos, que el gusto cambia de una manera tal, que esta célebre obra tan aplaudida cuando se estrenó, parece hoy de una pesadez insoportable.

Y sin embargo, los actores todos hacen esfuerzos extraordinarios para interesarnos; la empresa ha hecho gastos considerables para resucitar con todos sus esplendores la famosa época de María de Médicis, nada vale; todo parece inverosímil, absurdo, ni gustan las canciones, ni conmueven los asesinatos.

Cuando un drama ha agotado en París la primera serie de representaciones, está concluido y para siempre.

No sucede lo mismo con las óperas, y afortunadamente, pues en otro caso, la Academia nacional de música tendría una existencia muy problemática.

Aquí sabemos de toda eternidad lo que nos espera: el *Profeta*, alternando hoy con *Roberto el Diablo*, mañana con *Fausto*. Y el público incansable. Verdaderamente merece este público un voto de gracias.

MARIANO URRABIETA.

### El conde de Aranda.

(Continuacion. — Véase el número 1,012).

Aunque ordenado en sus gastos y prolijo administrador de sus haciendas, ninguno excedió á Aranda en tino y arte para representar su papel con lucimiento en cortes extranjeras; porque sabia economizar tres millones en tres años para gastar uno con oportunidad en un día dado.

En su viaje de Madrid á Varsovia se detuvo algunos dias en París para refrescar sus relaciones con Diderot, Alambert y los demás filósofos de su escuela, muy afanados entonces con la publicación de su *Diccionario enciclopédico*; y el 50 de julio de 1760 se hizo presentar en Versalles á Luis XV con toda solemnidad por el embajador de España y el introductor de embajadores del monarca francés.

Desempeñaba luego el conde en Varsovia, sin incidente reparable, su fácil embajada, cuando á fines de 1761 llegaron á su noticia los preliminares del desastroso acuerdo llamado Pacto de familia, que luego celebró Carlos III con Luis XV. Sin esperar á su publicación, Aranda previó el inevitable rompimiento de la Gran Bretaña con España, y de un sueño de catorce años de paz, se despertó la llama de su ambición militar mas viva que nunca, suponiéndose muy apto para los mandos y empresas militares mas difíciles.

Desde mucho antes que se prepararan las hostilidades, habia en el ministerio de la Guerra comunicaciones suyas, que hoy se conservan en Simancas, solicitando un importante mando de campaña; y no alojaron sus gestiones, porque el del ejército destinado á la de Portugal, se confiriere al teniente general don Nicolás de Carvajal, marqués de Sarria, que con gran credito y gloria seguia en la misma graduacion desde antes que comenzara Aranda su carrera.

Wall, el duque de Alba y sus poderosos valedores solo consiguieron que á principios de mayo destinara el rey al conde á mandar una de las divisiones del ejército.

Recibido su despacho, salió de Varsovia el 18 del mismo mes, y no sin una nueva y aparatosa visita al rey de Francia á su paso por París y Versalles, deteniéndose allí mas de lo conveniente en un general que iba á campaña, se dirigió á Madrid abandonando su natural itinerario, su directa marcha desde Irun, por Búrgos y Zamora al cuartel general del marqués de Sarria, que se disponia á sitiar á Almeida entonces.

Mas no por eso se desvió de su objeto principal. Llegó á Madrid el 29 de junio, y tres dias después, no era ya un teniente general que iba á mandar una division del ejército beligerante, como los condes de Maceda, Fuendara y Priego que le precedian en la escala de su clase, sino el segundo en jefe del ejército de Portugal, nombrado por el rey el 2 de julio, para suplir en su mando á Sarria en ausencias y enfermedades, como si necesariamente tuviese este general que enfermar ó que ausentarse.

Las operaciones estaban ya muy adelantadas por Sarria, cuando Aranda se presentó en su cuartel general el 28 de julio. Aunque el ejército portugués desde que se rompieron las hostilidades llegase á 22,000 hombres auxiliados por 10,000 ingleses, y los acudillase el alemán conde de la Lippe, general de reputacion, Sarria habia penetrado en Tras-os-montes, apoderándose de varias plazas y ciudades enemigas, entre otras de Chaves, Braganza, Miranda, Moncorbo y el castillo de Alfayates. Circunvalando el 17 de agosto á Almeida, la plaza mas importante de aquella provincia, á los doce dias de trinchera abierta la obligó á capitular el 25 de agosto. Pero á pesar de esos progresos, comprendiendo Sarria que se esperaban mayores en la corte de la direccion de su segundo, y quizás de sus promesas, hizo dimision del mando después de ocupar á Celhorico, y se lo entregó al conde de Aranda. Poco antes, por no sujetarse á la obediencia de otro mas moderno, también dimitieron el de su division el conde de Maceda, que pasó al Consejo de Estado, y el de Priego el de los batallones de Walonas que estaban en campaña.

Vasto campo se le ofreció entonces al conde para acreditar su pericia y genio militar. Disponia de un ejército vencedor de Almeida y otras plazas y ciudades enemigas, y de casi toda una provincia portuguesa; de cerca de 40,000 hombres de excelentes tropas, sin contar las que cubrian la frontera de Galicia, ni las de Andalucía á cargo de don Francisco Cagigal. ¡Y qué cuerpos figuraban en su ejército! dos escuadrones de guardias de Corps, la brigada de carabine-

ros reales toda entera, cinco batallones de guardias españolas y otros tantos de walonas; en fin, los mejores regimientos que contaba la nacion, y por los mismos dias en que se encargó de las operaciones, se vió reforzado con 6,000 voluntarios franceses y veteranos, que le trajeron el príncipe de Beauveau y el duque de Crillon.

En Madrid, la fecha de la entrada de las tropas españolas en Lisboa se calculaba por las etapas que hasta aquella capital necesitaba el ejército de Aranda recorrer desde Aldea Nova, adonde trasladó su cuartel general después de la rendicion de Almeida.

Pero el general en jefe enemigo, La Lippe, dispuso las cosas de otra suerte. No pudiendo socorrer á Almeida, se apresuró á cubrir el Alentejo, estableciéndose en Abrantes y ocupando á Albita y Niza; destacó desde este último punto á Burgoyne con una division que sorprendió el 27 de agosto á Valencia de Alcántara, donde cayó prisionero el mariscal de campo don Miguel Irumberri con 500 infantes del regimiento de Sevilla y algunos jinetes. Otra division portuguesa, vadeando el Tajo por la noche, sorprendió en Villavelha al destacamento de otro mariscal de campo, don Eugenio Alvarado; y sin la vigilancia de Crillon no faltó mucho para que también sorprendiese La Lippe al de los franceses, que acababa de dejar Aranda en Castello-Branco para adelantarse á las Talladas. Aunque el conde desde este punto acudió á proteger la frontera extremeña, y sus destacamentos ocuparan á Salvatierra, Segura y Penha Mayor con poca resistencia y aunque Cagigal recobrase á Valencia, tuvo que reconocer la temeridad de sus designios sobre Lisboa. El paisanaje portugués, armado en todas partes, dificultaba sin cesar el abastecimiento de sus tropas. Y en tanto las potencias beligerantes, tan necesitadas unas como otras de dar fin á la guerra, firmaban el 3 de noviembre los preliminares de la paz, luego definitivamente acordada en París el 10 de febrero de 1763.

Terminadas las hostilidades en octubre, á tan estériles movimientos se habian reducido los planes de Aranda en Portugal.

Mucho mas que su capacidad militar mostró en aquella breve guerra la violencia de su caracter y su despotismo, nada compatible con sus liberales máximas, amenazando con ahogar en un árbol al intendente del ejército, don Felipe Castaños, porque después de la toma de Almeida no pudo adivinar la direccion que tomarian las tropas para enviar sus suministros á los puntos necesarios (1).

Al verdadero vencedor de la campaña, al marqués de Sarria, teniente general hacia mas de veinte años y de la esclarecida casa de Abrantes, solo se le premió con una honra: el Toison de Oro.

A Aranda, al autor de los desastrosos de aquella breve lucha, se le elevó el 3 de abril de 1763 al empleo de capitán general de los ejércitos, sin que le importara sobreponerse á Sarria y á 32 tenientes generales mas antiguos, aunque entre ellos figurasen los condes de Sayve y de Torrealta que desde 1739, desde mucho antes que hubiese el conde empezado á servir, seguian en aquel grado.

Si el de Carlos III fué bajo otros aspectos reinado modelo, no anduvo, como vemos, exento de injusticias, entre las cuales ninguna fué mas irritante, por los manejos que la precedieron y los resentimientos que encendió, que el ascenso entonces conferido á Aranda.

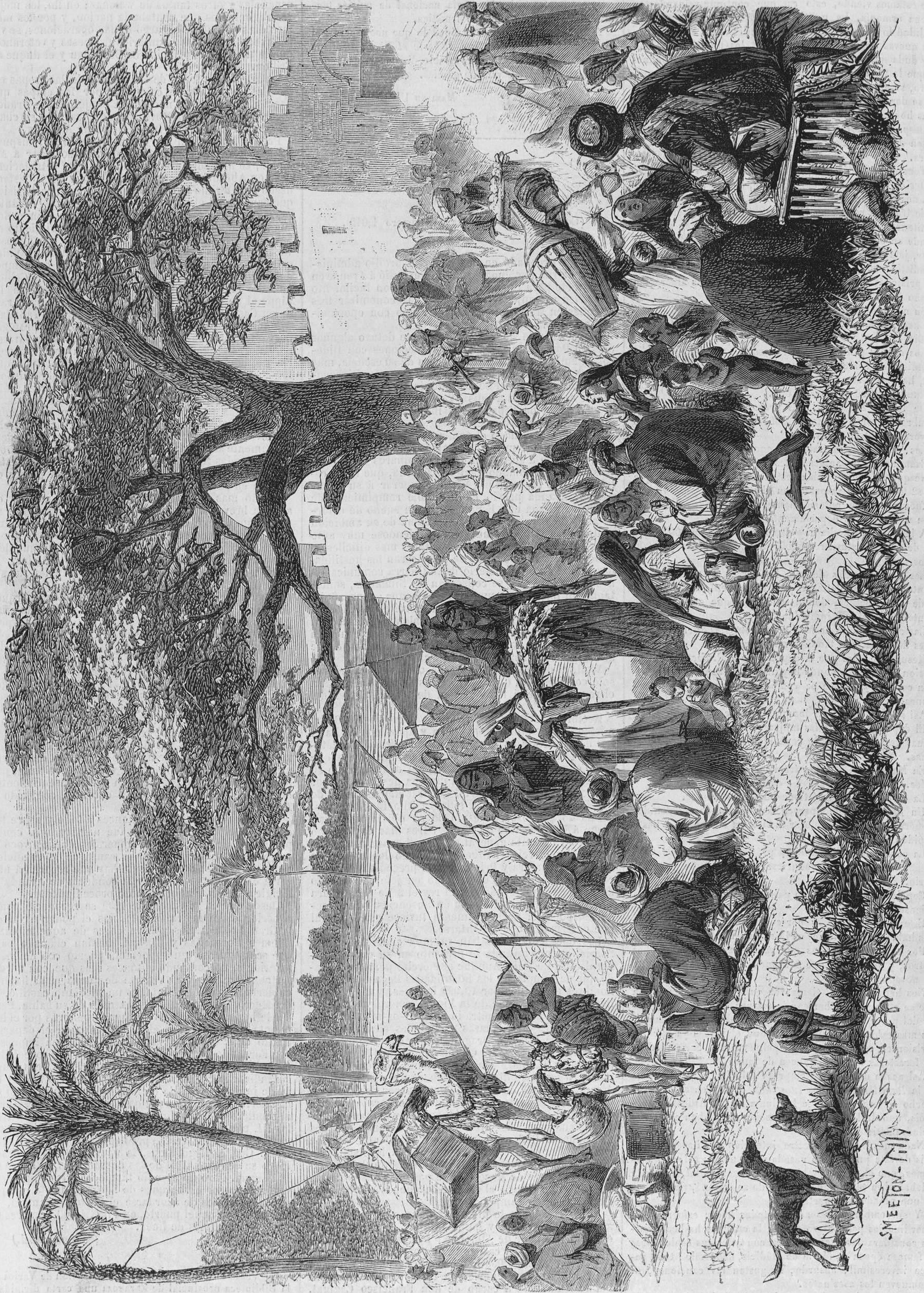
Imponiéndose ya desde entonces á todo y sobre todo, desde el anterior febrero fué nombrado el conde presidente de una junta de generales que convocó el rey para examinar y juzgar la causa de la rendicion de la plaza de la Habana. Aquí hay que recurrir á una corta digresion para juzgar la conducta de Aranda al dirigir y resolver aquel famoso procedimiento.

Desde que en la guerra de 1739 se reconoció como superior al de las demás potencias el poder naval de la Gran Bretaña, los gobernadores de aquella plaza, Güemes Horcasitas y Cagigal, habian clamado para que se asegurase tan importante puerto con defensas exteriores, no contando entonces mas que con un defectuoso recinto por la parte de tierra, una bateria cubierta llamada la Punta, y un mediano castillo, el del Morro, para defender la entrada de su bahia. Pero desde la paz de 1748, no asomando peligros por el horizonte, Ensenada y Eslaba, obligados en el departamento de la Guerra á la estricta economia impuesta por Fernando VI, remitieron las obras ya proyectadas de la Habana para cuando las alteraciones del tiempo las indicaran como indispensables. Muerto Eslaba en 21 de junio de 1759, le reemplazó en el ministerio de la Guerra Wall; quien así que aquel pacífico rey bajó al sepulcro el 9 del siguiente agosto y le sucedió Carlos III, pudo presumir que cambiase la política exterior con un monarca tan predispuesto contra la Inglaterra. Con él llegó, pues, la oportunidad que desde luego se ocupase Wall de las necesidades militares de la Habana. Pero no atendió tampoco á tan lejano objeto su sucesor el marqués de Squilace, hasta que pocos meses antes de acordarse el Pacto de familia, se reunieron en aquel puerto, en 1761, 4,000 hombres de tropas y 12 navios de línea.

(Se continuará.)

(1) Véase en el número 94 de la coleccion de Varios de la Biblioteca provincial de Zaragoza una carta dirigida á don Tomás de Lezaun en 18 de setiembre de 1762 por un amigo suyo.

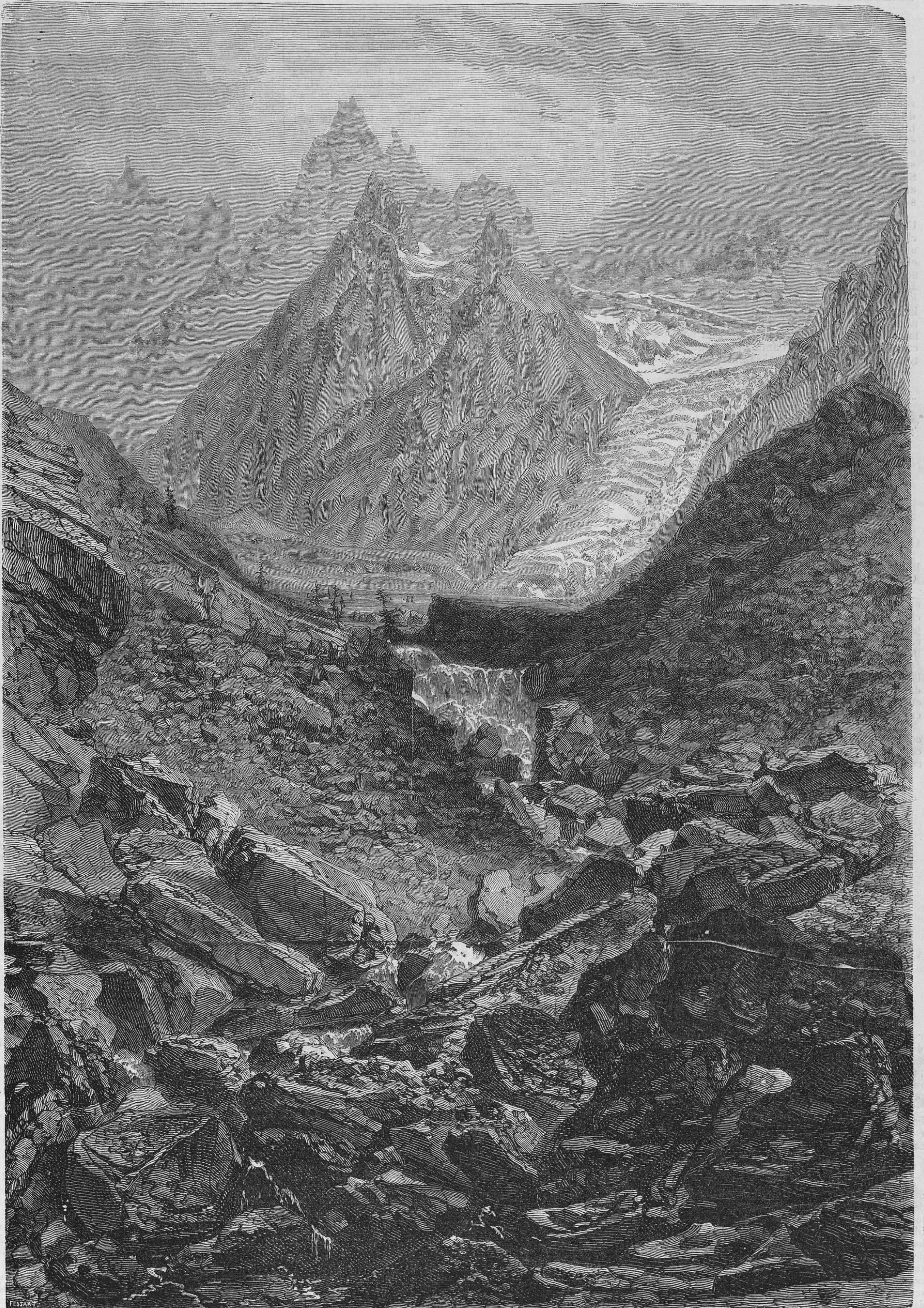




EGIPTO. — La fiesta del Cham-el-Nesim.

SMEETON-TILLY





FRANCIA PINTORESCA. — El ventisquero de Pelvoux, la cascada del Gy y el valle de Vallouise (Delfinado).



### El Cham-el-Nesim.

El autor de nuestro dibujo escribe las líneas siguientes, fechadas el 6 de mayo de 1872 en el Cairo :

« *El Cham-el-Nesim*, ó sea la despedida al último soplo del aire fresco, es una fiesta muy popular en todo Egipto, y que tiene aquí particular carácter. Los habitantes salen muy temprano de la ciudad y van á pasar al campo todo el día, que es el último de la hermosa primavera. Inmediatamente sigue el verano con sus terribles calores. Mañana quizás reinará viento del Sur, y al instante todo lo que era verde se pondrá amarillo, y todo lo que apenas maduraba estará abrasado.

» La fiesta principia por una ceremonia religiosa. Una inmensa procesion compuesta de toda una poblacion agricola, da vuelta á los campos que rodean una antigua mezquita; y en tanto se rezan oraciones con el fin de llamar las bendiciones del cielo sobre la cosecha próxima y en accion de gracias por la que se acaba de hacer.

» Luego cada familia busca una sombra para instalarse á su gusto: preparan el café, sacan galletas y naranjas, se oye la música del tam-tam, se encienden las pipas, se organizan juegos, y hasta por la noche el campo ofrece el aspecto animado y pintoresco que he tratado de bosquejar en mi lámina. — A. D. »

### La Francia pintoresca.

EL VENTISQUERO DE PELVOUX, LA CASCADA DEL GY  
Y EL VALLE DE VALLOUISE.

La cordillera de Pelvoux contenia, antes de la anexion de la Saboya, las mas altas cumbres de Francia.

Sus cumbres y ventisqueros se levantan al Oeste de Briançon, entre el Gyrone, el Drac, el Veneon y la Romanche.

Desde el valle del Gyr se descubre el monte Pelvoux en toda su majestad. Su doble pirámide, sus estrechos ventisqueros, las nieves que cubren sus abruptos peñascos y su aislamiento, le dan un grandioso carácter. Es verdaderamente el monarca de la cordillera.

El valle de Vallouise, que tiene 20 kilómetros de largo, ofrece preciosos paisajes, debiendo la riqueza de su vegetacion y la diversidad de sus aspectos al encuentro de los terrenos geológicos que componen esa parte de los Alpes.

En las gargantas superiores es otra cosa: es una confusion de hielos, de rocas hundidas, de murallas cortadas á pico, de cascadas: es el espectáculo mas espantoso que puede imaginarse. Z.

### Pericia geográfica

DE MIGUEL DE CERVANTES,

demostrada con la historia

DE

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

¿Y quién sabe si el fecundo creador (1) Cervantes quiso colocar á su héroe, para el acto mas grave y solemne de la andante caballeria en el pais mismo que era clásico por la batalla de las Navas de Tolosa, y que despues por la de Bailen ha crecido en celebridad? Con razon se puede decir ahora que en aquel territorio privilegiado venció España tres grandes potencias que la tiranizaban: los sarracenos en 1212, los libros caballerescos en 1613, y los franceses en 1808. Dos de estas victorias costaron sumas cuantiosas y mucha sangre humana, mientras que Cervantes ganó la suya

(1) Al aplicar el epíteto de creador fecundo á nuestro geógrafo, no queremos omitir una reflexion que puede ceder en gloria suya como inventor. No sabemos que escritor alguno, antes que Cervantes, haya dado la idea de los libros que hoy se conocen con el nombre de *album*, y que han constituido un ramo de comercio y un rasgo del furor de nuestras modas. Acaso no faltará extranjero que se envanezca de haber concebido este reciente entretenimiento, cuando en el cap. I del lib. IV de *Pérsiles y Sigismunda* vemos al peregrino español inventor y dueño de tal prenda, y dándole igual aplicacion que á los *album* de nuestros dias. En los cartapacios del peregrino escribian las

sin otro aparato que su péñola, dirigida por su divina fantasia.

Tampoco señaló positivamente el sitio del castillo del duque, ni el de la insula que tituló Barataria; mas cotejando los datos y señas que da de estos lugares, no es difícil reconocer el primero en el palacio y jardines de Buenavia (hoy venta) que los duques de Villahermosa tenían junto á su villa de Pedrola, camino para Borja, Tarazona y Navarra; y el segundo en la villa de Alcalá de Ebro, que si no es isla, está casi circuida de aquel gran río, por lo cual en la guerra de sucesion hubo el proyecto de aislarla del todo, abriendo un foso en el istmo. Cervantes que sabia el árabe ¿confundió acaso con propósito las voces isla y península, que en aquel idioma no se distinguen?

Conviene además al pueblo de Alcalá otras circunstancias: era del señorío del mismo duque que confirió el gobierno á Sancho; estaba cerca del castillo y comunicaba con él por la lengua de tierra; era y es fértil y abundante; es villa, y tuvo puertas y murallas; á lo que se agrega que en sus cercanías, camino de Buenavia y Pedrola, existe un terreno casejoso y movido lleno de hoyas y simas, en una de las cuales debió caer con el Rucio el destituido gobernador, al volver á su amo (1).

Otros lugares se deducen naturalmente del relato de la historia, por mas que circunstancias contemporáneas personales ó locales moviesen al escritor á encubrirlos. La patria de Dorotea era un pueblo de Andalucía de que toma título un duque grande de España, que distaba diez y ocho leguas de una ciudad, andaluza tambien; espacio que anduvo la dama en dos dias y medio. Cardenio y Luscinda eran de una ciudad que distaba diez y ocho leguas del lugar del duque grande, que era madre de los mejores caballos del mundo, y de la cual al corazon de Sierra Morena habia unas tres jornadas de camino por lo mas lejos, y un día y una noche de marcha á pié por lo mas cerca. No cabe duda, á vista de tantos indicios, de que Osuna y Córdoba fueron las poblaciones á que Cervantes aludia premeditadamente, y de las cuales da señas características como buen conocedor.

### III.

En tiempo de Cervantes aun seguia la ciencia de los cuerpos celestes dividida en las dos antiguas secciones de astrologia natural y astrologia judiciaria; á las que despues han sustituido la astronomia y la meteorologia, separando de estos conocimientos positivos físico-matemáticos las artes desacreditadas de nigromancia, quiromancia, aeromancia y otras de igual jaez. Echaban mano los antiguos de las influencias de los astros sobre nuestro globo para hacer pronósticos mas ó menos fundados, no solo respecto de los temporales y de las estaciones, sino acerca de los sinos y oróscopos de las personas y de los sucesos políticos. Y no es mucho que en libros de caballerias tuviesen cabida tan portentosos y extravagantes augurios, cuando los tratados científicos de la época están escritos bajo el mismo espíritu: que es poco comun, porque es difícilísimo, hacerse superior á las influencias de los errores acreditados (2).

Cervantes, sin embargo, muy superior á su siglo, daba el verdadero valor á estas vulgaridades, como lo persuaden entre otros hechos, la ironía con que alude al verdadero cuento del doctor Torralba, médico visionario procesado por nigromántico en la inquisicion de Cuenca, su patria; y la manera en que refiere lo de la cabeza encantada, que el barcelonés don Antonio Moreno mostró á don Quijote. Cuenta que el autor de esta cabeza guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros y miró puntos, en lo que manifiesta saber cómo se levantaban las figuras y se hacian los pronósticos; y añade que el artifice fué un polaco, discípulo del encantador y hechicero Escotillo, para que nadie extrañe la farándula de semejantes encantos y hechicerias. Completa su burla con el descubrimiento del engaño, pues nos revela que á pesar de tantos rumbos, caracteres, astros y puntos observados, lo que se atribuía á la cabeza procedía de la voz de un hombre colocado bajo de la sala, que la dirigía por un tubo á la máquina, sin ser visto ni sospechado.

personas de ingenio y de prendas que encontraba y gustaban dichos agudos, sentencias y aforismos, segun sus conocimientos ó caprichos; y el que sabia ponia allí su firma. ¿Qué es esto sino un *album*?

(1) Una sola circunstancia le falta; pues nuestro autor lo hace de hasta mil vecinos, y solo tenia por entonces diez y ocho casas, segun el registro de las cortes de Tarazona. Esta sola licencia romancesca se tomó Cervantes porque le era precisa. ¿Cómo sacar el partido que sacó de la gobernacion de Sancho si descendiese el ridículo á hacerle jefe de diez y ocho vecinos?

(2) No solo los profesores de ciencias morales, como el V. Beda y el P. Victoria, siguieron esta manía dominante; los matemáticos y cosmógrafos cedieron á ella tambien, y sobre dar cabida á los delirios de la astrologia judiciaria, adoptaron para la explicacion de los verdaderos principios métodos extravagantes. Hierónimo de Chaves se detiene en su *Chronografía* á declarar los dias críticos y la influencia de los signos en los miembros; y Delio Rossi, cosmógrafo de Felipe III, habla del modo de hallar las lunaciones por el juego de dados, en el *Tratado de la luna*.

Hé aquí el mérito que nuestro autor daba á estos embelecios, entretenimiento de imaginaciones volátiles, desvario de insomnios y asombro de ignorantes. Y si queremos aun mas pruebas, oigamos asegurar al enjaulado don Quijote que ha de inmortalizar su nombre á pesar de cuantos magos crió Persia, braamanes la India, ginosophistas la Etiopia; y digáenos si no estaba bien al corriente de las especies de cubileteros y embaucadores que hay por el mundo.

La definicion de la astrologia natural (astronomía) la hallamos bastante bien hecha en la conversacion del caballero andante con el cabrero Pedro. Refiriendo este la biografía del estudiante Grisóstomo, ó mas bien relatando el artículo necrológico y sermón de honras de aquel jóven malogrado, dice en su estilo tosco natural, «que sabia la ciencia de las estrellas, y lo que pasan allá en el cielo el sol y la luna, y que decia el cris del sol y de la luna;» y rectificando don Quijote que se llama «eclipse el obscurecerse esos dos luminares mayores,» añade que «esa ciencia se llama astrologia.»

El pretendido Cide Hamete (1) no ignoraba las principales aplicaciones de la astronomia para hacer útilmente los viajes. Departiendo con el poeta don Lorenzo dice el instruido hidalgo, que un caballero andante, entre otras cualidades, «ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla.» El tiempo sideral y la determinacion de las longitudes y latitudes son en efecto de los mas esenciales auxilios que la astronomia ha suministrado al geógrafo.

Hasta el manejo de los instrumentos usuales entonces para fijar las situaciones le era bien conocido, porque yendo el visionario don Quijote por el Ebro en el barco encantado, disputa que llevaban andadas de setecientas á ochocientas leguas, cuando Sancho veia aun cercanos en la orilla á Rocinante y al Rucio; y para cortar el debate dice: «Si yo tuviera aquí un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado; aunque, ó yo se poco, ó ya hemos pasado ó pasaremos presto por la linea equinoccial, que divide los dos contrapuestos polos en igual distancia.» Véase como estaba familiarizado con la determinacion de las latitudes y con el uso del astrolabio, y la precision y propiedad con que expresa la situacion de la equinoccial, desde donde empiezan á contarse las latitudes setentrional y meridional hasta los polos ártico y antártico.

En la misma relacion nos manifiesta que «el globo del agua y de la tierra (terraqueo ó terraqueo) comprende trescientos sesenta grados, segun el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe;» en lo que da bien á entender que la division del círculo que hizo Ptolomeo es arbitraria, y que pudo disminuir ó aumentar los grados, como se ha practicado despues, elevándolos á cuatrocientos. No es censurable, como algunos criticos pretenden, la calificación honorífica que da á Ptolomeo de «mayor cosmógrafo;» porque si bien es cierto que el sistema tolmáico empezó ya entonces á declinar en el concepto de algunos sabios, nadie podía negar aun, ni todavía niega, el título de principe de los geógrafos al alejandrino, por haber sido el que antes y mas cumplidamente ordenó una teoria general del universo, que el mundo entero ha respetado y seguido por espacio de diez y seis siglos.

La prueba supletoria, para saber si habian pasado la linea que intenta verifique Sancho, se funda en la creencia vulgar de que al atravesarla perecían todos los bichos inmundos; mas esto no arguye ignorancia de parte de nuestro autor. El tomó la especie de los navegantes y cosmógrafos de su tiempo, y pudo creerla, como la creyó Ortelio sin dejar de ser geógrafo, ó tal vez la puso en boca de un loco rematado para ridiculizarla. Induce á sospechar esto último el lenguaje usado por el caballero, pues dice así: «Haz, Sancho, la averiguacion, que tú no sabes qué cosa sean coluros, lineas, paralelos, zodiacos, eclípticas, polos, solsticios, equinoccios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre, que á saberlo vieras claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto.» Como quien dice: tú, labriego ignorante, que no puedes valerte de otros medios seguros y científicos que yo poseo, atente á las vulgaridades que otros menos torpes que tú nos han contado. Y enumera á continuacion todos los círculos, fajas, lineas y puntos de ambas esferas, sin olvidar uno; y supone naturalmente que, como navegaban de Norte á Mediodía, habian de llevar cortados en su derrota varios paralelos de latitud, y visto y dejado de ver sucesivamente muchos signos y constelaciones de ambos hemisferios. El que así se explica manejados te-

(1) Muchos literatos orientalistas se han empeñado en buscar la significacion del nombre arabesco ideado por el autor del *Quijote* para bautizar al que supuso escritor original de su obra; y no ha faltado quien piense que *Benengeli* es una traduccion del castellano Cervantes, derivado de cervato, hijo del ciervo. Nosotros hemos creído siempre que el seudónimo *Cide Hamete Benengeli* es un verdadero anagrama de Miguel de Cervantes, sin mas alteraciones que las precisas para arabizar las palabras. ¿Puede atribuirse á casualidad que de las diez y nueve letras del seudónimo las catorce digan *Migel de Cebante*, faltando aquí tres solas, en vez de las cinco que allí sobran, por la ortografía y construccion imitando al árabe?



nia los globos, y los demás tratados de cosmografía. La inteligencia del movimiento aparente de las fijas, aplicado al reloj astronómico de la Osa menor, comúnmente llamada Bocina ó Carro pequeño, se descubre en la aventura medrosa de los batanes. Sancho, guiado por sus observaciones pastoriles, viendo á su señor impaciente por la venida del día, le asegura que «no debe de haber de allí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo.» Aunque todo era ilusión ó embuste, supuesto que nublado el cielo, no dejaba ver estrella alguna, es un hecho que la relación corresponde con el aspecto de la Osa menor en el mes de agosto que corría, y en la hora á que se refiere el rústico escudero.

Nada tiene de extraño que Cervantes siguiese el sistema de Ptolomeo en época en que lo respetaban astrónomos muy célebres; ya porque el de Copérnico apenas contaba medio siglo de existencia y aun no estaba completamente desenvuelto y comprobado, ya porque el acomodarse al antiguo á las impresiones seductoras de los sentidos lo hacia preferible en los escritos que habia de leer toda clase de personas, aun en concepto de muchos que científicamente lo desechaban. Tycho-Brahe, con toda su capacidad astronómica, acababa de publicar á la vista de Cervantes su tercer sistema, justo medio entre los dos anteriores, y que ha tenido la suerte que de ordinario cabe á los que se empeñan en amalgamar extremos inconciliables. Empero no faltan indicaciones en nuestra historia, de que el autor conocia ya la teoría copernicana, introducida en las aulas de Salamanca, y defendida por teólogos toledanos.

Acomodándose al comun decir, se dirige el barbero á don Quijote enjaulado sobre la carreta, é imitando su estilo altisonante, le anuncia el consorcio con Dulcinea, y que tendrá sucesión «antes que el seguidor de la fugitiva ninfa (frase mitológica del Sol y la Aurora) faga dos veces la visita á las lucientes imágenes (antes de dos años) con su rápido y natural curso.» Mas ¿qué mucho en un escritor romántico suponer natural curso en el sol, cuando los astrónomos no han dejado, siglos después, las frases comunes é inexactas de «sale el sol, se pone el sol,» como diariamente repite el calendario? Fuera de que Cervantes nos muestra en otro lugar de su historia, que este modo vulgar de decir es erróneo, y que el sol no anda en torno de la tierra.

Cuando empieza á dar cuenta del gobierno de Sancho Panza, se eleva hasta la esfera del sol, y le apostrofa con estos propisimos y lindos epítetos: «¡Oh perpetuo descubridor de los antipodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras!... tú que siempre sales, y aunque lo parece nunca te pones...» No cabe una asociación de imágenes mas galanas, ni un conjunto de figuras mejor combinado. Representar que continuamente van descubriendo el sol los habitantes de los meridianos opuestos á los que van quedando en la sombra, para indicar la perpetua sucesión del tiempo; calificar de antorcha del universo al foco principal de la luz, y centro de nuestro sistema planetario; llamarle, como el disco mas brillante de los cielos, su ojo y su vehículo, y enlazar con ideas tan sublimes la invención de las garrafas de nieve para enfriar el agua y templar la sed que producen los calores del estío, cabia solo en la fecunda y atrevida imaginación del escritor por excelencia.

Mas lo que conduce sobre todo al propósito del momento es hacer notar, que negando Cervantes la postura del sol, aunque parece que la hay, quiso dar dos lecciones: una al vulgo que, llevado de la ilusión óptica, cree que gira el astro, cuando es la tierra la que se mueve; y otra á los astrónomos que usan tan impropriadamente del verbo *ponerse*, sinónimo de presentarse ó manifestarse, en vez de decir quitarse ó ocultarse. Debió introducirse este error por corrupción del verbo *trasponerse*, que usaron con menos impropiedad antiguos poetas (1).

Aunque en la conversación con los cabreros llama don Quijote al sol y á la luna los «dos luminares mayores,» no ha de creerse que ignoraba el autor que la última es un cuerpo opaco, espejo del astro radiante. Atúvose al efecto de alumbrar, sea con luz propia ó prestada, y se acomodó al estilo corriente, como el Génesis, que los llama luminares mayor y menor. Pero bien sabia la verdad, dado que la noche de armarse caballero su héroe en el corral de la venta, refiere que era tal la «claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba;» es á saber, con el sol, de quien la luna recibe y refleja la luz.

También se acomodó á la clasificación recibida de las regiones atmosféricas del aire y del fuego, al relatar lo sucedido al amo y al criado sobre el aligerio Clavileño. «Ya debemos llegar, dice aquel, á la segunda región del aire, donde se engendran el granizo y las nieves; los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera región, si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la región del fuego.» Relación que arguye conocimiento especial de los meteoros aéreos, acuosos, luminosos é igneos, cual entonces se conocían y explicaban.

(1) Don Antonio de Solís criticó ya la frase *ponerse* el sol, en este dístico:

Dime, inventor de frasi tan maldita,  
¿Cómo se pone el sol cuando se quita?

Lo que Panza cuenta haber visto, después de bajar, así es un rasgo graciosísimo de la socarrona rusticidad y picaresco fingir de este hi de puta, como una fina alusión á la pluralidad de los mundos, y al orgullo desmedido del hombre, que se considera único rey del universo. Después de suponer que fué «por parte donde están las siete cabrillas,» dice que miró á la tierra, y le pareció «que toda ella no era mayor que un grano de mostaza,» esto es, un punto en la inmensidad del espacio, un globulillo en miniatura, al lado de las grandes masas de los planetas principales. Graduar al propio tiempo á «los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas,» parece una mentira cargada de burla contra los que de vanidad no caben en la tierra.

Coincide asimismo en la idea de la pluralidad de los mundos el pasaje de la pastoril Arcadia; pues á la zagalga que recomendaba el cuidado con las redes de sus pajarillos la tranquiliza el cortés caballero diciendo: «Si estas redes ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas.» No se sabe qué admirar mas en esta respuesta, si el refinamiento de la galantería, ó la seguridad filosófica de que hay otros ámbitos que recorrer fuera de nuestro globo.

El complemento de la teoría de las atmósferas, que entonces se decían cielos, nos le da don Quijote al repugnar el embuste de su escudero. «Senti, dice, que pasaba por la región del aire (cuando se lo hicieron con los fuelles), y aun que tocaba en la del fuego (al arrimarles á las barbas las estopas encendidas); pero que pasásemos de allí no lo puedo creer; pues estando la región del fuego entre el cielo de la luna y la última región del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas, que Sancho dice (al signo de Tauro), sin abrasarnos.» Dificultad científica es esta, que hoy se explicaria por la rarefacción progresiva de los fluidos atmosféricos, por la incomprensible ligereza de las sustancias aeriformes, que hará impenetrables sus límites á todo cuerpo sublunar, por poco grave que él sea.

Otro dato de que Cervantes poseía la ciencia de los meteoros nos suministra la relación de lo acaecido el día en que don Quijote fué de campo con los duques aragoneses. «Así como comenzó á anoecer, dice el historiador, un poco mas adelante del crepúsculo... se cerró la noche, y muchas luces discurrían, bien así como discurrían por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que caen.» Estrellas volantes ó que caen llamamos ahora á este meteoro igneo; efecto de la inflamación de materias atmosféricas producida por una corriente de electricidad.

También dió Cervantes una pincelada de su inteligencia selenográfica, aludiendo á las faces, que hacen tan notable al satélite de la tierra entre los demás cuerpos celestes. Pidiendo don Quijote á la luna que le dé nuevas de la señora de sus pensamientos, la llama «luminaria de las tres caras,» ya porque se presenta bajo los tres aspectos de creciente, llena y menguante, ó sea circular, y cornuda hácia uno y otro lado; ya por imitación de Virgilio que dijo en la *Eneida*: *Tria virginis ora Diane* (1). Y que la diosa Diana fuera la luna nos lo declara el autor en la cerdosa aventura refiriendo, que «era la noche algo oscura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiera ser vista, que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antipodas.» No se pase por alto que aquí habla resultadamente del movimiento de la luna, pues usa de una locución inequívoca bien diferente á la que se refiere al curso del sol.

Todavía sobresale el mérito geográfico-astronómico de Cervantes en la consecuencia que guardó respecto de la estación en que supone viajando á su hidalgo. Plúgole que las tres salidas del héroe manchego fuesen en verano, y que los cinco ó seis meses que dura la acción de la fábula corriesen dentro de los de junio, julio y agosto. No importa averiguar por qué prefirió la estación ardorosa para las hazañas caballerescas, aunque parezca obvio que á la locura del protagonista le venia de molde la época del gran calor, que exalta la imaginación; pero si admira, que escribiendo una obra fantástica y de ficciones, ni una sola vez se olvidase del propósito, ni al citar fechas, ni al indicar afecciones atmosféricas, ni al referir cosa alguna que tenga relación con los temporales. Esto no se consigue sin un plan premeditado con la instrucción y talento necesarios.

Tres solas fechas se ponen en la historia de don Quijote, y todas corresponden al verano. La carta para Dulcinea, escrita en Sierra Morena, es de «veinte y siete de agosto;» la de Sancho á su mujer desde el castillo del duque, fué el «veinte de julio;» y la del duque al gobernador anunciándole la conspiración de la insula tiene la data á «diez y seis de agosto.» Aunque solo se da un extracto sin fecha de la carta de Roque Guinart á sus amigos de Barcelona, léese el anuncio de que don Quijote se presentaria en la ciudad el «día de san Juan Bautista,» que es el veinte y cuatro de junio. Véanse otros muchos testimonios de que era tiempo de estío.

(1) *Diosa triforme* la llamaron también los poetas Horacio y Ovidio. Los mitólogos la dieron el nombre de *tergemina*, porque era conocida con estos tres: *Luna* ó *Febe* en el cielo, *Diana* en la tierra, y *Hécate* ó *Proserpina* en los infiernos.

La primera vez que salió don Quijote de su pueblo «el sol entraba muy apriesa y con mucho ardor.» Al llegar á la venta descubrió su «polvoroso rostro,» y cenó á la puerta «por el fresco.» Cuando encontró á los mercaderes toledanos, estos «venían con quitasoles.» En la segunda salida que hizo con su escudero, «por ser la hora de la mañana y herirles á soslayo los rayos del sol no les fatigaba.» Los cabreros tenían el zaque colgado de un árbol, «porque se enfriase el vino.» El día de la aventura con los yangüeses, en un fresco y ameno pradillo pasaron «las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar.» Cansado Sancho de los desmanes escuderes quiere volverse á su casa, y da por razón de hacerlo entonces, «ahora que es tiempo de siega.» Cuando el cura y el barbero fueron á buscar á su loco paisano á Sierra Morena, «el calor y el día era de los del mes de agosto.» Las bodas de Camacho se celebraban «en el frescor de la mañana y no en el calor de la tarde.» Al salir de la cueva de Montesinos, «eran las cuatro de la tarde, y el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dió lugar á que sin calor» contase lo que habia visto ó soñado. Preguntando al militar mancebo que encontraron por qué iba horro y en mangas de camisa, responde, que «el caminar tan á la ligera lo causaba el calor y la pobreza;» á lo que don Quijote repone, «que por el calor bien puede ser.» En el palacio del duque «don Quijote se fué á reposar la siesta,» y Sancho con la señora y las doncellas estaban «en una muy fresca sala,» afectando el escudero, por cortesía ó jactancia, que renunciaba á su costumbre de dormir cuatro ó cinco horas «las siestas del verano.» Hallándose de campo con los señores del castillo vino la noche «no tan clara ni tan sesga como la sazón del tiempo pedía, que era en la mitad del verano.» Otra noche, que Altisidora dió música al enamorado caballero, «hacia calor y no podía dormir» el hiesped, por lo que se levantó y «abrió la ventana» que daba al jardín; y la doncella Emerencia decía á su compañera de broma, que si el ama oyese la serenata y las sintiese levantadas, «echarian la culpa al calor» que hacia. Por detenerse Sancho con Ricote, á su regreso del gobierno, tuvo que hacer noche al raso; «pero como era verano,» no le dió pesadumbre.

A tan sostenido carácter de correlación y armonía pueden añadirse algunas muestras de tino meteorológico que ofrece el itinerario quijotesco. Nótese que cuando la aventura del cuerpo muerto «la noche cerró con alguna oscuridad,» que luego se puso ya *tan oscura* que no se veía una estrella; que al día siguiente, no obstante ser verano, «el frio de la mañana que ya venia,» aparece como una de las concausas del apretón de Sancho junto á los batanes; que no mucho después «empezó á llover un poco;» y que cuando encontraron al barbero del yelmo también «comenzó á llover,» por lo cual llevaba la bacía sobre la cabeza para no mojarse el sombrero.

(Se continuará.)

### La rosière de Nanterre.

El domingo de Pentecostés se celebra en el pueblillo de Nanterre, en las cercanías de Paris, una fiesta muy original, cual es la de la coronación de la *rosière*, ó sea el premio á la joven soltera mas virtuosa de aquel pueblo.

El origen de esta fiesta es muy antiguo, como lo indica el susodicho premio, que es de 300 francos, dote que podia bastar para que una joven encontrara marido hace algunos siglos.

Sea como quiera, nuestro dibujo ofrece una exacta reproducción de la procesion de la *rosière*, al salir de la iglesia, con el retrato de la joven que ha merecido el premio en el año de gracia de 1872.

Muchas han sido, como de costumbre, las que han aspirado á él, y la favorecida se llama Eugenia Maudsienne, joven de diez y nueve años, de oficio planchadora, y que á la condición de la virtud añade el mérito de haber sido una pequeña providencia para su madre y abuela enferma. Es bonita, sencilla y candorosa. Conducida desde su modesta casa al templo con la bandera blanca sembrada de flores de lis, y rodeada de las demás candidatas, de las *rosières* no casadas de los últimos años, y de las jóvenes del pueblo vestidas de blanco, con músicas, bomberos y miembros de la municipalidad, esa pequeña procesion entra en el templo, en cuyo coro y altar mayor están niños y niñas que representan unos á san Juan Bautista, otras á santa Genoveva, dando sus facciones modelo á las mil figuras de hueso y de marfil que se venden en esta ocasión.

El cura del pueblo, M. Descourty, traza desde el púlpito la historia de la humilde pastora que salvó Paris, santa Genoveva, natural de Nanterre. Después la esposa de un banquero, madrina de la *rosière*, pone sobre su frente la corona de azahar, al propio tiempo que la adorna con unos lindos pendientes y un bonito reloj, mientras una artista distinguida canta el Ave Maria de Gounod. Terminada la fiesta religiosa, vuelve la procesion con la *rosière* á su morada, y el *maire* entrega la suma que le servirá de dote para su casamiento, que no podrá verificarse sino un año después.

El pueblo acude á la feria y por la noche á los bailes, donde las jóvenes de Nanterre son muy obsequiadas por los parisienses.





La Rosière de Nanterre. — La comitiva saliendo de la iglesia, despues de la ceremonia.

SHEETON/TILLY

MARINA



ACTUALIDADES, POR BERTALL.



Question del Alabama. — Question pendiente.

Tan pendiente está, que acabará por caer al agua. ¡Esperémoslo!

Question francesa.

¿No habríamos hecho bien en los últimos veinte años contemplando así las cosas desde nuestro asiento sin mezclarnos en ellas?

Question española.

Bien embrollada está la solución. ¿Qué saldrá de todo esto?

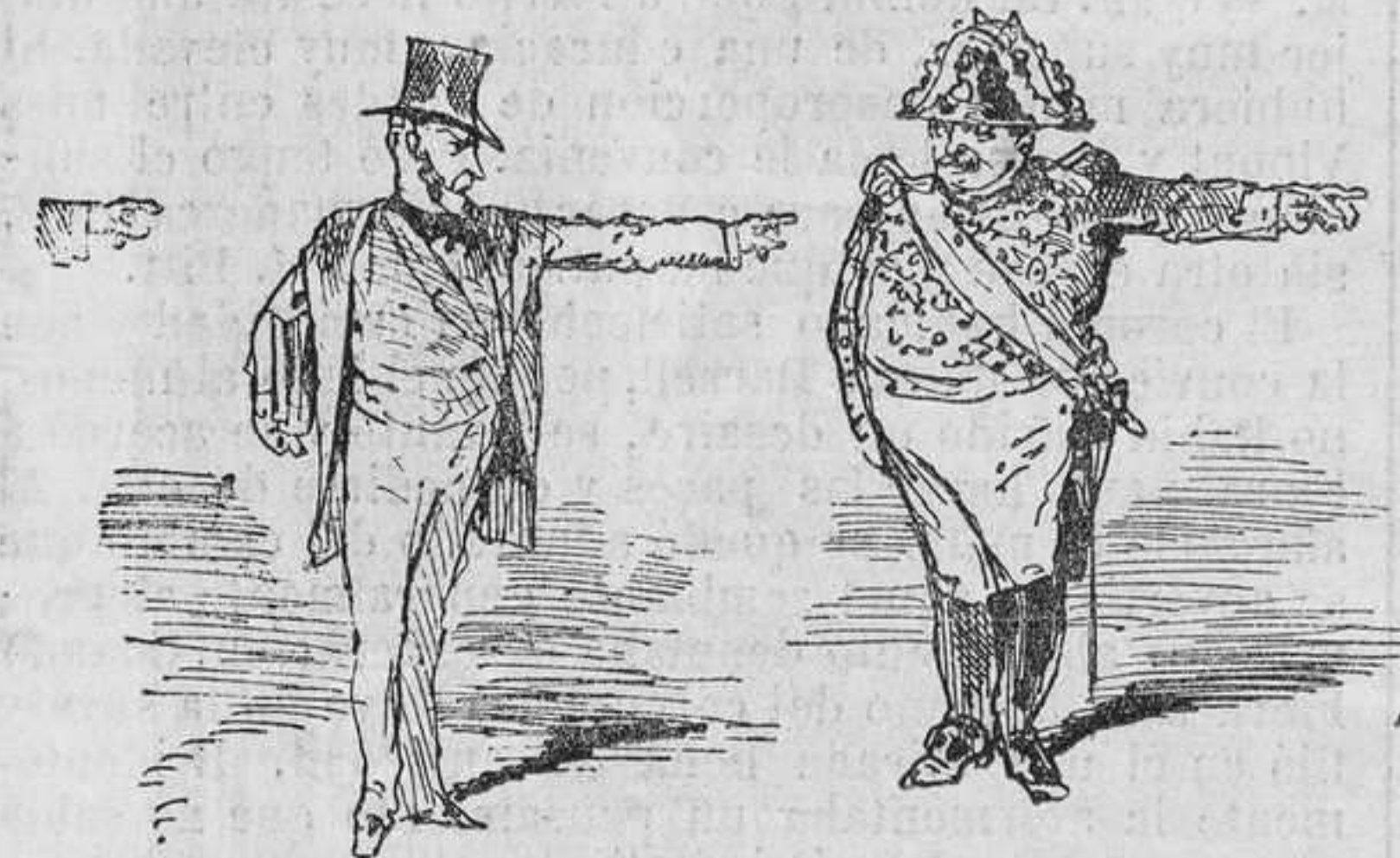
¿Saldrá este?



Question de mercancías en Francia. ¿Por qué hablarán tanto de lo que se compra y se vende?

Si el duque de Audiffret-Pasquier los encerrara á cada uno en su caja, algo habria hecho.

¿No seria bueno que volviera cuanto antes el chiquito?



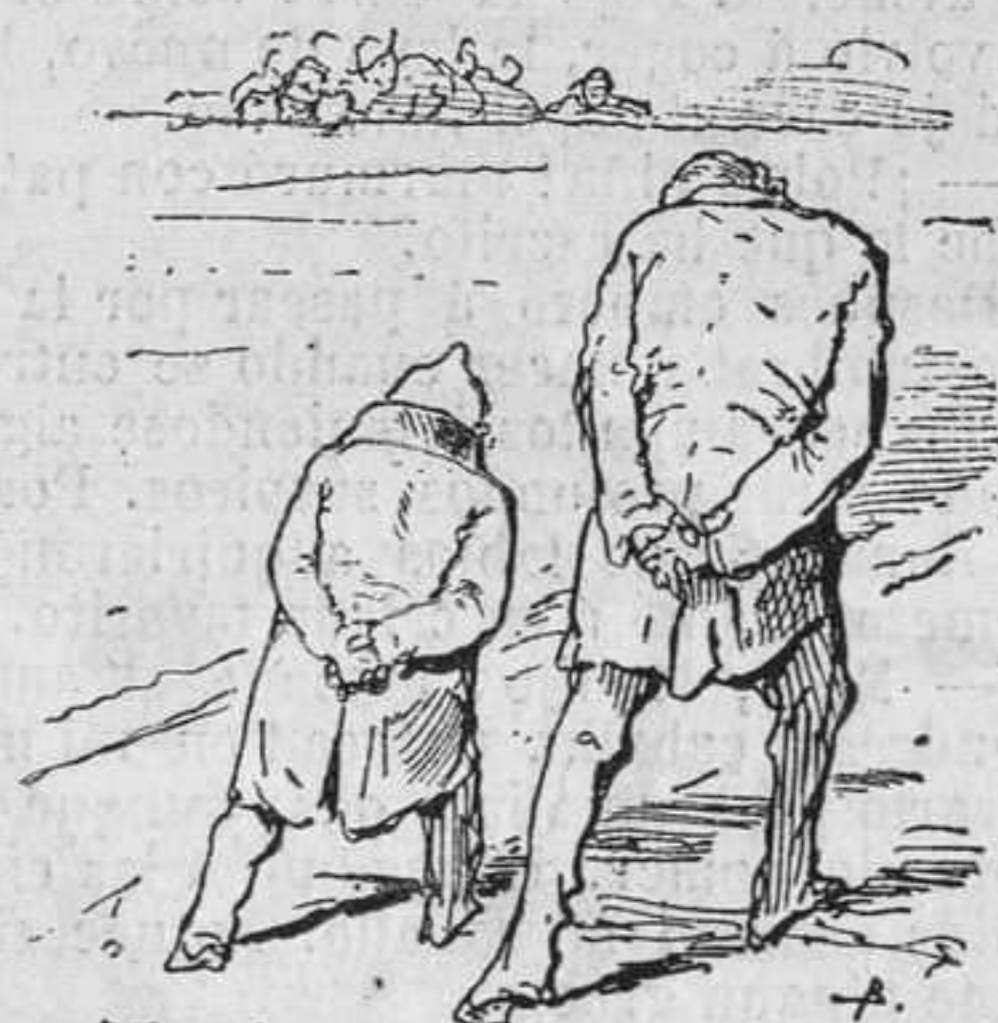
¿Cuando acabarán de conjugar este verbo? Yo acuso. Tú me acusas.

Él me acusa.

Nosotros os acusamos.

Vosotros nos acusais.

Ellos ó ellas acusan, etc., etc.



Cuadro enviado á la Exposicion de Versailles.

La Francia enferma y al cuidado de varios doctores.

Teatro de Versailles. — Acto quinto.

Desafío con cifras rayadas. — Muerte de todos los combatientes. — Cuadro final.

¿Con tal de que todo esto aproveche á alguien!



## ¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuación. — Véase el número 1,013).

EL CORONEL MORLEY.

Puesto que mi primera comparacion os ha agradado, voy á emplear otra mas familiar para explicarme. Suponed que en una habitacion en donde estais á menudo, hay un mueble ó un adorno que conviene tanto al lugar en que está colocado, que no podeis menos de decir cuando lo veis: « ¡Es la cosa mas linda que he visto! » Os ausentais, y cuando volveis, el mueble ó adorno ha sido trasladado á otra habitacion. Al verlo, decís: « ¡Gran Dios! ¿es este el objeto que tanto he admirado? » Y es porque el objeto no está bien situado, ha perdido todo su encanto al separarse de todo lo que le rodeaba. Lo mismo sucede con las criaturas humanas. Vistas en un lugar, el lugar no seria nada sin ellas; vistas en otro, el lugar sin ellas pareceria mucho mejor.

DARRELL, *pensativo*.

Hay misterios en la vida que se asemejan á los enigmas que los niños os suplican resolvais. Poneis en tortura vuestra imaginacion para adivinar su sentido, y sin embargo, cuando pronunciáis la palabra os veis obligado á decir: ¡Qué ingenioso es esto! El hombre vive para aprender.

— Puesto que habeis llegado á esa conviccion, replicó el coronel Morley á quien divertia la gravedad de su amigo, espero que os dareis por satisfecho con la experiencia de Vance y la mia, y que si teneis voluntad de ofrecer vuestra mano á una de las señoritas cuyo mérito hemos discutido, no juzgareis necesario ensayar el efecto que una prolongada ausencia puede producir sobre vuestra buena resolucion.

— No, dijo Darrell con repentina animacion. Antes de tres dias habré tomado una resolucion.

— ¡Bravo! ¿Respecto de una de las tres á quien pedireis matrimonio?

— O respecto al pensamiento de volver á casarme, Adios. Voy á entrar aquí.

— ¡En casa de M. Vyvyan! Nada os arredra. Sois un verdadero Dare-all.

— No os alarmeis. Voy á ir despues á una exposicion con lady Adela y comeré en casa de Carr Vipont. Aun no he hecho mi eleccion, y mi mano aun está libre.

— ¡Su mano está libre! murmuró el coronel prosiguiendo solo su paseo. Sí; pero de aquí á tres dias, ¿que hará de ella?

XVI.

Guy Darrell volvió á su casa de la comida de Carr Vipont á una hora avanzada. Sobre su mesa se encontró un billete del padre de Adela invitándole cordialmente á pasar la próxima semana á su casa de campo. Londres se despoblaba en aquellos dias con rapidez. También encontró Darrell en un paquetito con un libro que la habia prestado algunas semanas antes una carta de miss Vyvyan. Aquella mañana habia sabido por el padre de la jóven que M. Vyvyan habia resuelto repentinamente llevar á Flora á Suiza con el proyecto de pasar el invierno próximo en Italia. Su casa estaba llena de gente, y Darrell habia permanecido en ella poco tiempo. Las despedidas fueron algo solemnes y Flora contra su costumbre guardó silencio. Guy Darrell abrió aquella carta y leyó rápidamente las primeras lineas; las que seguian hicieron cambiar la expresion de su rostro y cautivaron mas su atencion. Dejó la carta sobre el velador, despues la volvió á coger, la leyó de nuevo, la arrimó á la luz y dejó caer el papel inflamado.

— ¡Pobre niña! murmuró con paternal ternura, no sabe lo que ha escrito.

Despues empezó á pasear por la habitacion como acostumbraba hacer cuando se entregaba á sus solitarios pensamientos deteniéndose algunas veces, exhalando otras profundos suspiros. Por último su frente se iluminó, sus labios adquirieron una expresion de firmeza. Llamó á su criado favorito.

— Mills, le dijo, mañana al amanecer saldré de Londres á caballo. Colocad en mi maleta todo lo necesario para un dia ó dos, aunque acaso vuelva á la hora de comer. Llamadme á las cinco; y que en seguida ensillen mi caballo. No necesito que me acompañe ningun groom.

A la mañana siguiente, estando aun desiertas las calles, las casas en silencio, con un sol brillante y un aire apacible, Guy Darrell salió de su casa. No volvió aquel dia, ni al siguiente, ni nunca. Pero al otro dia por la noche su caballo, cubierto de sudor y con las

señales de una gran fatiga, se detuvo delante del pórtico de la casa señorial de Fawley, y echando pié á tierra el jinete se arrojó á los brazos de Fairthorn.

— Ya estoy otra vez de vuelta á vuestro lado para no volverme á separar de vos, exclamó mirando en torno suyo. *Spes et fortuna, valet!* (1).

XVII.

GUY DARRELL AL CORONEL MORLAY.

Fawley, 19 de agosto de 18...

« Me he decidido, querido Alban. Ni siquiera he empleado tres dias para decidirme, puesto que al tercero debeis saber mi decision. No volveré á casarme. Abandono este último sueño de mis viejos dias, mi objeto al volver á Londres era ver si podia encontrar entre las mujeres mas bellas alguna que me inspirase cariño, de la cual pudiera esperar la estimacion de una compañera en mi tranquilo hogar. Ya renuncio á ese pensamiento, renuncio tambien á la vida tumultuosa de las ciudades. Tal vez hubiera vuelto á lanzarme á la política; pero mi espíritu no está suficientemente tranquilo para que yo pueda llenar todos los deberes que impone. Se dice que la política es una señora celosa, que domina al hombre exigiéndole la consagracion de su vida entera. Esa frase no es una verdad en la acepcion que se le da generalmente. En efecto, un hombre político puede emplear su inteligencia en distintos objetos, lo que aumenta su fuerza lejos de debilitarla. Muchos políticos eminentes se han dedicado sin dejar de cumplir sus trabajos parlamentarios, al estudio de las leyes, de la literatura, de las ciencias. Pero la política requiere que el corazon esté libre de inquietudes domésticas, de esos recuerdos que acallan el grito de la ambicion y paralizan la energia. En el corto intervalo que me separa de la tumba, necesito tranquilidad, y esa tranquilidad solo aquí puedo encontrarla. He dado á mi agente en la capital las órdenes oportunas para que venda mi casa de Londres con todo el tren que allí tenia.

Creed que no sin un gran dolor renuncio al objeto que queria alcanzar desde mi juventud. La casa que prometí á mi padre rehabilitar concluirá conmigo. La sangre de mi padre no correrá por las venas del que debe heredar mis riquezas, y sin embargo tengo un consuelo al pensar que Lionel Houghton es un heredero que hubiera merecido una sonrisa de aprobacion de mi padre. Cuando yo muera al menos no se extinguirá nuestro antiguo nombre, Lionel Houghton lo sabrá llevar con dignidad. Direis que eso en mi es una extraña debilidad; pero yo no puedo soportar la idea de que nuestro antiguo nombre desaparezca del mundo por completo. Espero que Lionel se casará jóven. Y estoy seguro de que no hará una eleccion indigna, por lo que le dejo libre en su eleccion.

Una palabra solamente sobre ese odioso asunto que he tardado tanto en confiar á vuestra amistad, y he abandonado con tanta gratitud á vuestra discrecion. Ahora que me he sepultado en Fawley, no es probable que ese hombre cuyo nombre tanto me repugna pronunciar venga aquí á buscarme; pero si acaso viniera, tan difícil le seria incomodarme aquí como en Londres: os ruego que sigais sin ocuparos de él. Además creo como vos que esa niña con la cual pretende amenazarme no existe, lo que me tranquiliza por completo en esa parte de mis secretos disgustos.

Adios, mi antiguo condiscipulo. Vuelvo aquí á esta casa donde empezó mi vida, y aquí terminará cuando el cielo quiera. No os pido que me vengais á visitar: lo que es para mí descansar, para vos seria perder el tiempo. De esta última y vana tentativa para volver á esa vida en la cual vos habeis reunido con tanta prudencia y sabiduria « todo lo que debe acompañar á la vejez, honra, amor, veneracion, amigos numerosos » — he sacado una recompensa, la de haber vuelto á reanudar por un momento esas relaciones llenas de encanto que los hombres como yo no forman nunca mas que con aquellos cuya sonrisa hace nacer el recuerdo de los juegos de la niñez. « *Vive, vale!* » Yo no añadiré « *Sis memor mei.* » Tengo tanto que agradecer á vuestra amistad, que tendreis que acordaros de mí siempre que os hablen de una antigua amistad, de una eterna gratitud. No volvereis á recordar los asuntos penosos mas que cuando os acordeis de

GUY DARRELL. »

XVIII.

El coronel Morley sintió una dolorosa impresion al recibir la carta de Darrell. Alban iba á encontrarse privado á la vez de su principal ocupacion y de su afecto mas sincero. ¡Aquella fuga repentina, aquella resolucion extraña de Darrell!... Ninguna razon alegaba para justificarlas. ¿A qué recuerdo aludia? ¿De qué disgusto hablaba? Alban Morley que todo lo com-

(1) ¡Esperanza y fortuna, adios!

prendia, estaba en la persuasion de que Darrell no se lo confiaria jamás. ¿Podia tener alguna relacion con aquellas tres señoritas con las cuales habia tenido Darrell atenciones tan cruelmente imparciales? El coronel no podia adivinar si la carta de su amigo aludia á alguna de ellas. ¿Habria experimentado por alguna un sentimiento mas profundo? ¿Habria presentado una proposicion y experimentado un desengaño? Ningun hombre de la edad de Darrell se atreve á hacer semejante confesion á su amigo mas íntimo. En aquella suposicion Alban creyó adivinar la mujer criminal que habia inspirado aquel sentimiento y rechazado sus ofertas.

— ¡Ese demonio de Flora Vyvyan! murmuró. Siempre he creido que oculta un alma de tigre bajo ese exterior de inocencia.

Agitado por aquella sospecha el coronel fué á casa de Flora. Mister Vyvyan era viudo, uno de esos hombres amigos de la tranquilidad que les gusta recibir por las mañanas en su salon muchas visitas.

— ¿Con que Darrell, dijo Alban, yendo derecho al asunto, ha salido de Londres?

— Sí, dijo M. Vyvyan. He recibido una carta suya esta mañana, en la cual me dice que renuncia á toda esperanza...

— ¿De qué? exclamó el coronel.

— De reunirse con nosotros en Suiza. Lo siento mucho y Flora mas aun. Está acostumbrada á satisfacer todos sus caprichos, y se le habia puesto en la cabeza oír á Darrell leer el *Manfredo* á la vista de Junfrau.

— ¡Hum! dijo el coronel. Lo que para ella seria una diversion podria ser la muerte para él. A sus años no es un hombre tan viejo que no pueda enamorarse de una jóven de la edad de miss Vyvyan; ni es tampoco tan viejo que pueda parecer extremadamente ridículo á una señorita.

— ¡Coronel Morley! ¿Qué decís? exclamó á la espalda una voz irritada.

Era Flora que habia entrado sin ser observada en el salon. Su rostro estaba muy animado, y en sus ojos se advertian las señales de lágrimas recientes.

— ¿Qué he dicho que pueda merecer vuestras reconvencciones? preguntó el coronel con calma.

— ¡Qué habeis dicho! Habeis asociado la idea del ridículo al nombre de M. Darrell.

— Cuidado con lo que decís, Morley, dijo M. Vyvyan sonriendo. Flora profesa un respeto tan supersticioso á Guy Darrell, que la mayor ofensa que podeis hacerla es considerarle como un simple mortal. Y efectivamente, hay en la conversacion de Darrell y hasta en el timbre de su voz cierta cosa que hace lánguida é insípida cualquier otra conversacion despues de la suya. Así es que cuando Darrell se separa de Flora todos los jóvenes que la rodean le parecen insípidos.

— Cuánto me alegraria por el interés de mi amigo, dijo el coronel mirando á Flora con atencion, que Darrell fuera de una edad que inspirase á miss Vyvyan menos... veneracion.

Flora se volvió de espaldas al coronel, y se puso á mirar por la ventana, su pieccecito heria el suelo con una irritacion nerviosa.

— Dicen que Darrell piensa volver á casarse, dijo M. Vyvyan. Un hombre de su mérito necesita una mujer muy superior, de una educacion muy elevada. Si hubiera menos desproporcion de edades entre miss Vipont y él, esa boda le convenia. Pero tengo el suficiente patriotismo para esperar que permanezca libre, sin otra esposa mas que su patria, como M. Pitt.

El coronel habiendo satisfecho su curiosidad y con la conviccion de que Darrell, por aquel lado al menos, no habia sufrido un desaire, se levantó y se acercó á Flora para hacer las paces y despedirse de ella. Al alargarle la mano se quedó admirado del cambio que se advertia en aquel semblante generalmente alegre; mas que abatimiento denotaba desesperacion. Cuando Flora asió la mano del coronel, la retuvo en la suya y fijó en él una mirada llena de ansiedad. Evidentemente la atormentaba un pensamiento que no sabia cómo expresar. Por último dijo en voz baja:

— Vos sois el amigo mas íntimo de M. Darrell; se lo he oido decir: ¿Le volvereis á ver pronto?

— Temo que no; pero ¿por qué?

— ¿Por qué? Vos que sois su amigo, ¿no comprendéis que no es dichoso? Yo que para él no soy mas que una extraña lo comprendí desde el primer dia. Devolvedle la alegría, consoladle; vos teneis ese derecho, es un noble privilegio.

— Mi querida señorita, dijo el coronel conmovido, vuestro corazon es mas hermoso de lo que yo creia. Es cierto que Darrell no es dichoso; pero vos podeis enviarle un consuelo mejor que un viejo solteron como yo, que no puede decirle mas que esto: « olvidad la tormenta de ayer, y esperad un rayo de sol para mañana. »

— No, dijo Flora con tristeza, seria una loca presuncion en mí querer darle un consuelo; pero.... (y sus labios temblaron) si he de juzgar por su carta, tal vez no le vuelva á ver.

— ¡Su carta! ¿Os ha escrito tambien á vos, lo mismo que á vuestro padre?

— Sí, dijo Flora, confusa y poniéndose colorada; algunas lineas en contestacion á un necio billete que yo le habia dirigido: si, decidle que no olvidaré nunca sus generosos consejos, su interpretacion delicada é indulgente de.... de.... En una palabra, decidle que mi padre tiene razon, y que seré mejor y mas juiciosa todo el resto de mi vida por haber tratado algunas semanas á Guy Darrell.



— ¿Qué estais murmurando en voz baja? ¿Qué secretitos son esos? preguntó M. Vyvyan desde el sillón en que estaba sentado.

— Preguntádselo dentro de diez años, dijo el coronel dirigiéndose á la puerta. Las hojas mas hermosas de una flor son las últimas que se abren.

Desde casa de M. Vyvyan, el coronel fué á casa de lord.... Su señorita habia recibido tambien noticias de Darrell aquella mañana. Darrell manifestaba no poder aceptar la invitacion que el lord le habia dirigido de ir á pasar una semana á su quinta; por tener algunos negocios que reclamaban su presencia en Fawley. Lady Adela habia soportado aquella desercion con su serenidad habitual de carácter; se habia ido de tiendas. Darrell no habia presentado allí ninguna proposicion de matrimonio, pues caso de haberlo hecho, que hubieran aceptado ó no, todo Londres lo hubiera sabido. Entonces el coronel se dirigió á casa de Carr Vipont. Lady Selina estaba de muy mal humor. Carr se quedó atónito al leer la carta de Darrell escrita desde Fawley. ¡Haberse marchado sin despedirse de sus amigos! ¡Qué hombre tan excéntrico!

— Yo habia pensado, dijo Lady Selina, que manifestaba alguna inclinacion por Honoria, pero que asustado por la desproporcion de edades, y considerando por otra parte que mi hija podia aspirar á partidos mas ventajosos, era demasiado orgulloso para correr el riesgo de una negativa. Sin embargo, á vos puedo deciros en confianza, como al pariente y amigo mas querido, que Honoria, que tiene un talento superior, hubiera prescindido de esa diferencia de edades, porque hay en sus inclinaciones ciertas simpatias como sabeis. Segun parece ha mandado vender su casa, lo que indica que no querrá volver á Londres, justamente en el momento en que, segun se dice, la crisis aplazada se ha hecho inevitable. Nadie puede confiar en esos hombres de talento; los que no son malos son excéntricos. Siempre le he dicho á Honoria que los maridos de esa clase son los menos apropiados. Pero permanecéis silencioso. ¿Qué decis? ¿Por qué no habláis?

— Aun no me he repuesto de mi sorpresa. Darrell nos abandona en esta crisis, y ni aun ha dejado adivinar su preferencia por Honoria, la jóven mas apropiada de Londres para hacer de ella la compañera mas fiel y más razonable. Nunca me ha contestado respecto á esta cuestion. Pero debe consolaros el pensamiento de que esa no es una pérdida. ¡El viejo monstruo!

— ¡Oh! dijo Selina con franqueza, cediendo al halago de la simpatia que le manifestaba el coronel, no puedo decir que no es una pérdida. Hablando francamente en el seno de la amistad creo por el contrario que es una pérdida y grande. Una alianza entre Darrell y Honoria hubiera dado grande influencia á la casa de Vipont. Lord Montfort tiene en Darrell una gran confianza, y si la crisis estalla será absolutamente necesario por el interés de los Viponts, que tengamos un orador en la familia. En honor de la verdad, mi querido, coronel Morley, vos que ejercéis tanta influencia sobre ese hombre, deberiais aprovecharos de ella. En estos tiempo de crisis no conviene ser demasiado exigente: el pais está en peligro, primo Alban.

— Haré todo lo que esté de mi parte. Estoy convencido de que una alianza que asegurase á la casa de Vipont el talento de Darrell y al talento de Darrell la casa de Vipont, seria... Pero con todas estas bellas frases pretendemos sacrificar á Honoria sobre el altar de la patria.

— ¡Sacrificarla! De ningun modo. Darrell no es jóven, es cierto; ¡pero qué hombre tan eminente! ¡qué talento!

— Talento, ciertamente; pero esa era vuestra objecion hace cinco minutos.

— Olvidaba la crisis. Esos hombres de talento no son necesarios todos los dias, pero en ciertos dias son indispensables.

— Os envidio ese aforismo. Pero temo que Honoria no haya fijada su pensamiento sobre lo que acabais de decir, que acaso no llegue á tener lugar, y en ese caso pudiera afligirse.

— ¡Afligirse! ¡afligirse una hija mia! ¡una hija mia tan bien educada! ¡afligirse! ¡vaya una palabra vulgar!

EL CORONEL MORLEY.

Si lo es; me avergüenzo por haberla pronunciado. Pero entendámonos. Si Darrell ofreciera á Honoria su mano, ¿creéis, prescindiendo de la ambicion, que le profesaria suficiente estimacion para demostrarle una preferencia marcada?

LADY SELINA.

Si puede él abrigar la menor duda, tranquilizadle. El es tímido como todos los hombres de genio. Honoria le estimaria. No es conveniente decir mas ni aun á vos, antes que él se declare.

EL CORONEL MORLEY.

Y si no es esa duda la que impide que Darrell se declare, como creo, Honoria.....

LADY SELINA.

Honoraria le mirará con la mayor indiferencia. ¡Ah! vuestro semblante me indica que debe prepararla en ese concepto. ¿Es así? Decidlo con franqueza.

CORONEL MORLEY.

Francamente, así es. Yo creo que Guy Darrell como otros muchos, se ha estado preguntando mucho tiempo si se volveria á casar, ha dejado perder el momento oportuno, y no le volverá á encontrar.

Lady Selina aspiró su pomito de esencias, y dijo con su voz mas dulce; con aquella política afectada que empleaba para desconcertar á cualquiera.

— ¡Pobre y querido..... VIEJO!

XIX.

El coronel antes de volver á su casa recorrió algunos clubs para dar una explicacion natural á la desaparicion repentina de Darrell. Su amigo se habia marchado justamente al terminar la estacion. Se deshacia de todos sus muebles porque iba á vender la casa de Carlton Gardens, que no le agradaba por su situacion; preferia otro sitio como Park Lane ó Grosvenor Square, por ejemplo. Además la escalera era mala para una casa de tantas pretensiones, era pequeña para reuniones numerosas, etc., etc. Todos aceptaron las explicaciones de Alban Morley sin manifestar la menor sospecha. Darrell daba una prueba de su gran tacto alejándose de la capital en el periodo de transaccion que precede siempre á las grandes crisis. Indudablemente pensaba hacer gran papel cuando terminara la crisis, puesto que encontraba su casa demasiado pequeña. Despues de haberlo preparado todo con habilidad por si acaso su amigo se arrepentia de la resolucion que habia tomado (Alban no podia renunciar á aquella esperanza) el coronel volvió á su casa donde le esperaba su sobrino Jorge.

El sabio eclesiástico estaba en la biblioteca rodeado de libros.

— ¿Qué leiais, Jorge? dijo el coronel despues de estrechar su mano. Tan absorto pareiais en la lectura, que á no ser por el ladrido de Gip no hubierais advertido mi presencia.

— Un tomo de poesías que no conocia. ¡Es magnífico!

— ¡Gran Dios! ¡las poesías del pobre Arturo Branthwaite! ¿Las entendéis?

— Hay un género de poesías que desagrada á los hombres de una edad madura por las mismas cualidades que encanta á los jóvenes.

Jorge empezó á lanzarse en las regiones metafísicas, pero viendo que la expresion del rostro de su tío podia compararse á la de un hombre que teme una larga y dolorosa operacion, cambió al punto de conversacion.

— No quiero molestaros mas hablándoos de este asunto.

— Gracias, dijo el coronel mas animado.

— Pero os suplico que me prestéis este libro. Voy á ir á casa de lady Montfort, y en el camino podré leerlo.

— Con mucho gusto, con tal de que me lo devolvais la próxima estacion para que pueda tenerle sobre mi mesa cuando Franck Vance venga á almorzar conmigo. El poeta era cuñado suyo, y aunque por esta razon no le agradan los poetas, ni la poesia, con todo, la última vez que almorzó aquí, comprendi por la presion de su mano, cuando se despidió de mí, que era para él una satisfaccion esa muestra de respeto, lo único que resta del pobre Arturo Branthwaite. ¿Con que vais á ver á lady Montfort? Preguntadla por qué ha roto conmigo.

— ¡Mi querido tío! Ya sabeis que ahora vive muy retirada, pero me ha encargado que os manifeste que es inalterable el afecto que os profesa; y cuando haya recobrado su salud y su espíritu esté mas tranquilo, tendrá un placer en que vayais á oírlo de su misma boca.

EL CORONEL MORLEY.

¿Es posible que su salud y su espíritu se hayan afectado tanto por la pérdida de aquel pariente lejano á quien la ley llamaba su esposo?

JORGE.

— No está buena, no, y su espíritu se ha alterado visiblemente. Y ahora, tío, tengo que pedir os un favor. Desde que me presentásteis á M. Darrell, ha tenido la amabilidad dos ó tres veces de convidarme á comer, invitaciones que me ha sido imposible aceptar por mis frecuentes ausencias de Londres. Quisiera ir á verle, y ahora tengo algun reparo de presentarme en su casa por haber dejado pasar tanto tiempo sin visitarle. Hacedme el favor de acompañarme. Una de vuestras felices frases me evitará incurrir en mi de-

fecto de pronunciacion, porque yo tartamudeo horriblemente cuando quiero presentar una excusa.

— Darrell ha salido de Londres, dijo el coronel bruscamente; habeis dejado perder una oportunidad que no se os volverá á presentar nunca. ¡Qué compañero tan ameno! ¡qué inteligencia! ¡qué dulzura! ¡Ah! ¡no volveré á encontrar un amigo tan bueno!

Y por la primera vez en treinta años, Alban Morley derramó una lágrima.

JORGE.

¿Cuándo ha marchado?

EL CORONEL MORLEY.

Hace tres dias.

JORGE.

¡Hace tres dias! ¿Ha vuelto al continente?

EL CORONEL MORLEY.

No, á su retiro. ¡Ah, Jorge! ¡qué carta me ha escrito! Ya sabeis que por espacio de muchos años ha vivido retirado del mundo. Pues bien, este año, cuando volvió á reaparecer, nuestra amistad se hizo mas intensa que despues que salimos del colegio, porque él entonces estaba demasiado ocupado para poder pasar mucho tiempo al lado de un ocioso como yo. Y justamente en el momento de volver á enlazar lo que me resta de vida á su brillante existencia se me escapa otra vez, abandona la capital, y me anuncia que no volverá ya aquí.

JORGE.

Sin embargo, he oido decir que trataba de volver á la vida pública; mas aun, que estaba en visperas de casarse con Honoria Vipont.

EL CORONEL MORLEY.

¡Rumores sin fundamento! No, él no volverá á casarse. Hace tres dias, miraba yo su casamiento como cosa cierta; esperaba encontrar en su casa un rincón para mi vejez. El mejor sillón de su casa seria para mí; cada dia me ofrecerian los periódicos un nuevo interés, celebrando su nombre y dando cuenta de sus discursos. Para librar mi seca y árida experiencia de la vida del robin de la misantropia tendria ante mis ojos el espectáculo de su dicha doméstica; alabaria las virtudes de la jóven esposa, y exhortaria al marido á la indulgencia; haria admirar á la mujer el gran talento y la sensibilidad de su marido, lo digno que seria de su respeto y de su cariño. Cada vez seria para mí mas agradable la casa en cuyo interior pensaba establecerme. Exhortaria á sus niños para que estudiaran y animaria á las niñas. No tengais celos, Jorge; yo amo á vuestra mujer, amo á vuestros hijos, y vosotros heredais todo lo que pueda dejar cuando me muera. Pero para un viejo célibe que quisiera conservar su juventud hasta lo último, no hay nada mas delicioso que el hogar de un antiguo compañero de colegio. Mi castillo de naipes ha caido al suelo de un soplo. No me habeis mas de esto,—es un asunto penoso. — La última vez que estuvisteis aquí, visteis á Lionel Haughton: ¿os agradó?

— Muchísimo.

— Entonces ya que no podeis ir á casa de Darrell, id á verle.

JORGE, con animacion.

Esa era justamente mi intencion. ¿Dónde vive?

EL CORONEL MORLEY.

Tomad esta tarjeta suya. Anoche vino á preguntar si sabia á dónde habia ido Darrell; pero yo no he sabido hasta esta mañana que Darrell no piensa volver. Encontrareis á Lionel en su casa porque le he escrito que iria á verle; pero ahora no estoy de humor de salir. Decidle de mi parte que M. Darrell no volverá á Londres este año; que se ha ido á Fawley. Por ahora no necesita saber mas. ¿Comprendeis? Hasta la vista, mi querido Jorge.

XX.

Jorge fué á casa de Lionel reflexionando en el camino acerca de lo que su tío le habia dicho de Darrell. El jóven le recibió con una cordialidad natural en un pariente de Darrell, tratándose de un sobrino del coronel Morley; pero moderada por el respeto debido al talento y á la distincion del elocuente predicador.

Lionel se afectó visiblemente al saber que Darrell





EXPOSICION DE 1872. — *Tarde de invierno*, cuadro por M. Emilio Breton. — (Véase el artículo en la página 406.)

había vuelto á la sombría soledad de Fawley, y manifestó por su bienhechor tanta ternura, tanto interés, que Jorge, cediendo á la simpatía, habló en el mismo sentido.

— Comprendo muy bien el afecto que M. Darrell os inspira, dijo. Me acuerdo que en su niñez hizo en mí una fuerte impresion. El estaba entonces en todo su esplendor y apenas podia conceder algunos momentos á un niño como yo; pero el sonido de su voz y el fuego de su mirada me lanzaban al colegio soñando en la gloria, ambicionando premios. En unas vacaciones pasé algunos días en su casa; él hizo que su hijo que era condiscipulo mio me convidara.

LIONEL.

¿Conocisteis á su hijo? ¿Cómo soportó su pérdida M. Darrell?

JORGE.

Dios oculta á veces su misericordia en lo que al hombre le parece un gran castigo. Mucho tenía que haber variado aquel niño desgraciado para no haber ocasionado á su padre disgustos aun mas terribles que el que le ocasionó su muerte.

LIONEL.

¡Me sorprende! M. Darrell le consideraba como un niño que prometía mucho.

JORGE.

Tenia esa especie de energía que engaña á los padres que fundan en ella grandes esperanzas. Era uno de esos niños de ojos vivos, de lengua suelta y con bastante respeto hácia su padre para disimular en su presencia sus peores defectos.

LIONEL.

¿Qué defectos tenía?

JORGE.

Una arrogancia obstinada, una crueldad implacable. Tenía un orgullo que hubiera avergonzado el de su padre: el orgullo de la riqueza. Me acuerdo que su padre me decía sonriendo: «No quiero que mi hijo experimente las mortificaciones que yo experimentaba en el colegio con mis vestidos raídos y mis bolsillos vacíos.» De ese modo, por un cariño mal entendido, M. Darrell cayó en el extremo opuesto. El hijo estaba orgulloso, no por la fama, sino por el dinero de su padre. Ni era generoso, ni precisamente pródigo; pero consideraba el dinero como un poder, poder que le inducía á humillar á un igual ó comprar un esclavo. Su muerte fué el resultado de su extraño anhelo de atormentar á los demás. Tenía un compañero que no sabía nadar y al cual le inspiraba el agua un gran terror. Un día estando bañándose en el río se esforzaba por arrastrar á aquel niño á un sitio donde le cubría el agua, cuando le dió un calambre y se ahogó. — ¡Si aquel niño hubiera llegado á hombre y heredado el nombre y las riquezas de su padre!... Cuando pienso en esto comprendo mas y mas que las aflicciones que hieren á los hombres son muchas veces un efecto de la misericordia divina. Pero mudemos de conversacion. Si no teneis nada que hacer, me alegraré acepteis una proposicion que voy á haceros sin cumplimientos. Una señora que conoció á M. Darrell cuando era muy jóven, tiene gran deseo de veros. Reside á orillas del Támesis, un poco mas abajo de Twickenham. He prometido ir esta tarde á verla. ¿Quereis que comamos juntos en Richmond y vayamos despues en un barca á su quinta?

Lionel aceptó al punto pensando muy poco en aquella dama cuyo nombre ni preguntó siquiera. Experimentaba un gran placer por tener un compañero á quien poder hablar de Darrell. Pidió un momento para escribir algunas líneas llenas de afecto para saber de su pariente de Fawley, y mientras escribía,

Jorge abrió el tomo de poesias de Arturo Branthwaite y se puso á leer. Cuando Lionel cerró la carta, Jorge le alargó el libro y dijo:

— Mirad qué poesias tan notables de un cuñado del distinguido pintor Frank Vance.

— ¡Frank Vance! es cierto. Tenía un cuñado poeta. Yo admiro mucho á Frank, y aunque se burla de la poesia, su recuerdo está tan asociado en mi memoria á imágenes poéticas, que estoy prevenido á despecho suyo en favor de todo lo que le liga á la poesia.

— Entonces decidme, dijo Jorge señalándole un pasaje, lo que pensais acerca de estos versos. Mi tio dice que esto es una jerga. Yo no estoy seguro de poder explicarlos, pero á vuestra edad creo que lo hubiera hecho. ¿Qué os parece?

Lionel leyó.

— Esto es muy bello, dijo, y es una verdad. Estos versos expresan cabalmente en pensamiento que yo no podia explicarme.

— Muy bien, dijo Jorge sonriendo. La juventud tiene un sentimiento que no puede explicarse, y este sentimiento lo expresa la poesia en una forma que los hombres de edad madura no comprenden. La poesia interesa á todas las edades; pero hay una poesia que aunque no es del orden mas elevado; ni aspira á la duracion ni á la universalidad, sigue sin embargo todos los cambios del sentimiento asemejándose á esos lindos cuadrantes solares formados por las flores que nacen, se abren y se cierran marcando las horas del día.

Lionel sin escuchar al crítico, leía las poesias exclamando:

— ¡Qué bello! ¡qué verdadero!

Terminada la comida, Jorge Morley asió los remos y la barca se deslizó por el río que doraban los rayos del sol. ¡Oh Támesis! ¡qué verdadero poeta inglés podrá pronunciar tu nombre sin tributarte un cántico melodioso? ¿Y qué niño habrá jugueteado en tus orillas en las largas tardes del estío que no se acuerde de aquellos instantes como de los mas felices de su vida?

(Se continuará.)